

EL LLANTO DE OZYMANDIAS

VIAJE SOBRENATURAL EN DIEZ ESTACIONES Y UN APEADERO

“No os diré: no lloréis; porque no todas las lágrimas son malas.”
(El Señor de los Anillos: El Retorno del Rey)

A mamá y a papá.
Pero sobre todo a Dani,
que fue quien me enseñó a amar el cine.

PRIMERA ESTACIÓN

DESPERTARSE

Nacer nunca es nacer, es despertarse.
Es conquistar el tiempo entre mil truenos.
Es claudicar, es sangre, es encontrarse
la vida anclada en páramos ajenos.

Nacer nunca es nacer, siempre es hallarse.
Es un otoño de alma y desenfrenos.
Es renacer y es otra vez matarse
en toboganes de órdago y venenos

Nacer es naufragar a fuego lento.
Nacer es la mañana y el estío.
Nacer es el dolor de un pensamiento.

Nacer es un trasnochador vacío.
Nacer es el sabor carnal de un cuento
y el llanto abrasador de un graderío.

EL REY NÚMERO DOCE¹

*“Sol la bestemmia, ahi lasso!
la nenia tua sarà!”*

MACBETH. Acto IV

Existe donde se pone el sol un país entre dos mares. Este lugar se distingue del resto por una característica única: ha sido gobernado por doce reyes.

El primero de ellos fue un rey poco corriente. Solía pasearse todos los días por los jardines de su palacio con aire mayestático, mientras sus criados, perpetuamente atareados, preparaban en los mil fogones de las mil cocinas los manjares más deliciosos para su refinado paladar. O llenaban hasta el borde las doscientas bañeras de los doscientos baños con exóticos elixires traídos de países ignotos. O mullían los cien colchones de las cien camas de las cien habitaciones con sacos repletos de plumas de casuario, de manera que fuesen del agrado de la delicada espalda de Su Majestad.

Este monarca murió muy pronto. Creo que fue por un accidente de coche. Como de costumbre, no era él el que conducía. Lo hacía su chófer, que fue el que estrelló el vehículo una fría noche sin luna contra una farola que no daba luz. Por eso sus fieles, como moraleja para las generaciones venideras, decidieron que sobre su sepulcro apareciese grabado este epitafio: *“Procura siempre hacer las cosas por ti mismo.”*

Le sucedió su hijo ilegítimo, cuyas costumbres, a pesar de lo que presumía la mayoría de los súbditos, no tenían nada que ver con las de su excéntrico progenitor. Este rey amaba a su pueblo, lo adoraba. Digo más: lo idolatraba. Tanto es así que todos los días -y no exagero- copulaba con un individuo elegido al azar de entre todo el censo, ya fuera varón o mujer, adulto o infante, culto o iletrado. Si quedaba satisfecho, Su Majestad solía premiar al afortunado con bienes infinitos. En cambio, si no le gustaba la actitud de su copulante podía condenarle a muerte sin remisión. Esto normalmente no pasaba ya que el rey, de natural jocundo, siempre quedaba saciado, de modo que hubo mucha «prostitución civil» en la corte por parte de gente que quería enriquecerse de forma fácil aunque, eso sí, un poco dolorosa. Durante sus últimos días de vida corría el rumor por la capital de que uno de sus postreros caprichos fue la *homonecrozoofilia*, es decir, la práctica del coito con cadáveres de animales machos. Pero tras su muerte se comprobó que esto no eran más que paparruchas, inventadas sin duda por la mente enferma de sus múltiples y odiosos enemigos.

Tal soberano murió a causa de una afección en el órgano sexual debido a sus exóticas fornicaciones masivas. Hubo tres días de luto en la nación y las exequias duraron seis meses.

Tras la renuncia de su primogénito, que quiso convertirse en actor del método, será su hijo pequeño el que suba al trono de este país entre dos mares. Como ya he dicho, las costumbres de los vástagos a veces no son como esperan aquellos que los engendran. Y es que este monarca tenía la manía de adorar al dios Dionisio como si fuese su propio creador. Por eso mandó sembrar de viñedos las opimas tierras del país, para así poder obtener licores con los que regar sus noches orgiásticas de desenfreno. Pues habéis de saber que este rey se privaba por las fiestas nocturnas, a las que acudían los personajes más pintorescos del continente, como por ejemplo duques sin duquesas, duquesas sin duques, condes que no eran condes o barones que eran baronesas. Al rey siempre le

¹ Relato finalista del premio *Booket. Jóvenes Talentos* del año 2007 publicado por Editorial Planeta en la antología *Tiempo de Relatos*

gustaba brindar en estas veladas, levantando su cáliz rebosante al grito de: “¡Salve, Dionisio, mi único dios!” y apurándolo de un trago. Y todos los que estuvieran allí presentes tenían que secundarle si no querían verse envueltos en un serio aprieto. De hecho, muchos murieron por un motivo tan banal como el de negarse a adorar al hijo de Sémele.

Todo el erario público, que era más bien poco, se agotó casi por completo por culpa de las diversiones palaciegas de este nefasto monarca. La bancarrota fue inevitable. Esto provocó que el país entrase en una dura guerra civil que duró cinco años, un día y ocho horas y media. De la contienda salió vencedora la estirpe de un nuevo soberano, con lo que hubo cambio de dinastía y una merecida paz que le costó al país millones de muertos.

El nuevo soberano dicen que era muy guapo. Según él mismo nos confesó, medía un metro ochenta, aunque de cerca aparentase menos. Tenía ojos azules y además su voz era grave y brillante, como de barítono de opereta. Su edad era un misterio para casi todo el mundo, porque nunca osó revelarla públicamente.

Este rey, que hacía el número cuatro, era un erudito, al igual que todos los de su dinastía. Le gustaba discutir de filosofía, arte o política con los más notables de la nación, a los que invitaba a tomar café a su palacio. Solía también plantear acertijos de extrema dificultad a su pueblo, y aquellos individuos que los adivinasen normalmente eran premiados con algún cargo nobiliario importante. Para que veáis de qué tenor eran las adivinanzas que proponía el rey os voy a exponer la que me hizo a mí la vez que fui a visitarle, la cual he de decir que no supe resolver: “¿Cómo es posible que tú seas yo y que yo no sea tú?” Nunca sabré la respuesta.

Este monarca se suicidó cuando se enteró de que su favorita mantenía un apasionado idilio con su secretario, quien, según confesó después la muchacha, tenía unas “dotes varoniles” abundantemente amplias en comparación con las de Su Majestad. Dicen que, cuando estaba a las puertas de Plutón lanzó al mundo, entre estertores, la solución a su adivinanza más arcana: su edad. Cuando la supimos, ciertamente nos llevamos una gran desilusión, porque ya no íbamos a tener sobre qué discutir en las encendidas tertulias sabatinas.

Su hermano menor y rubio será el que se convierta en quinto monarca. Lo primero que hizo este caballero fue vengar a su antepasado condenando a muerte al audaz secretario y a su infame amante. Les hizo colgar de un castaño por los tobillos y encargó al mejor vate de la nación, el elegido de Calíope, una composición que sirviera de aviso a futuros alborotadores para inscribirla en un cartel que se colocaría bajo los cuerpos putrefactos. La inscripción rezaba de este tenor:

*He aquí la punición
que les espera a los necios
que pretenden con desprecio
fornicar sin precaución.*

Estos cuatro versos dieron fama eterna a su autor, de manera que, desde ese mismo instante, fue nombrado poeta oficial del Estado y su impagable misión era cantar las glorias bélicas de la invicta milicia nacional y componer todo tipo de ditirambos reales.

Pero, continuando con nuestra historia, diré que este nuevo soberano era célebre porque tenía la peculiar costumbre de hablar con eufemismos, de manera que ni los cortesanos ni los ciudadanos eran capaces de entenderle cuando se dirigía a ellos. Para él, las guerras eran “*conflictos*”, los dogmas “*costumbres*”, los conservadores

“tradicional” y lo moderno “innovador”; entre otras muchas cosas que no recuerdo ahora mismo. De hecho, en vista del complejo vocabulario de este monarca, sus secretarios decidieron sacar a la luz un opúsculo con el significado claro de todas y cada una de las palabras que utilizaba Su Majestad, para que así el pueblo fuera capaz de descifrar aquella peculiar jerga. Lo cierto es que la cosa funcionó y desde entonces, cuando el rey salía al balcón de su palacio y se dirigía a su pueblo con una frase como: “*Me congratula sobremanera que hagáis acto de presencia en este lugar*”, todos sabían que quería decir que estaba muy contento de verlos.

Este rey falleció tal y como había vivido: de forma confusa. Y es que durante la enfermedad que le llevó a la tumba, cuando los médicos le inquirían acerca de una dolencia determinada, él respondía: “*sí, con matices*”; y, en algunas ocasiones, “*no, con matices*”. De manera que, como los doctores no sabían a qué atenerse, le dejaron morir o, como el propio rey hubiera dicho, “le aplicaron la eutanasia”.

A partir de este punto, la pequeña península comenzó a vivir tiempos aciagos y oscuros. La monarquía se corrompió hasta tal punto que ninguno de los reyes que hubo tras éste murió en su cama.

Y es que el sexto monarca promulgó una ley que muy pronto se convirtió en decreto y fue la manzana de la discordia entre los políticos de la nación. Esta ley exponía que la religión oficial del estado era el *scorsesismo*, es decir, una religión que tenía a Martin Scorsese como dios y a Robert De Niro como profeta. El decreto regía obligaba a que se levantaran estatuas de ambos en todos los parques de la corte. Y a que se construyeran templos en donde sacerdotes calificados se preocuparían por llevar a sus fieles por el camino correcto de la doctrina verdadera. Y a que en ellos se leyese el Libro Sagrado, en el que estaban compendiadas todas y cada una de las sabias enseñanzas del profeta.

Pero muy pronto esta religión encontró unos duros opositores: *los orsonwellianos*. Éstos consideraban que *los scorsesianos* adoraban a un falso dios y que la única divinidad verdadera era la suya: Orson Welles. Por eso llevaron a cabo una fuerte campaña de intoxicación con objeto de que su religión se convirtiese en la única válida y oficial. Tanto es así que un día, durante un pase colectivo de *Toro salvaje* al que, como siempre, acudía el rey, el líder de la secta *orsonwelliana*, que estaba infiltrado entre la masa de fieles, asestó una puñalada a este sexto monarca que, tras un grito de dolor, cayó al suelo y pereció. Fue inquietante porque yo estaba allí y recuerdo que el rey murió justo en la escena en la que el profeta decía eso de: “*¡Eh, Ray...! ¡Yo no he caído, Ray! ¡No me has derribado, Ray! ¿Me oyes? ¡No me has derribado!*”, de manera que su fallecimiento, al relacionarlo con esas palabras, se convirtió en algo paradójico. Siempre he reflexionado sobre ello, pero nunca he sacado nada en claro.

El asesino no sólo no fue juzgado sino que además se convirtió en el nuevo soberano y se hizo llamar Harry Lime en homenaje a su dios. Entonces las cosas cambiaron, porque todo lo promulgado por el anterior príncipe ahora fue derogado. Se derribaron los ídolos venerados fruto del antiguo culto, para dar paso a las efigies del nuevo y único dios. En los templos aparecieron sacerdotes fieles a las doctrinas *orsonwellianas*, y los antiguos fueron juzgados en tribunales parciales y quemados en piras, acusados de herejes. La apostasía era algo cotidiano, de manera que el pueblo pronto asimiló la nueva religión sin problemas. El ejército luchaba ahora por la patria y por Orson Welles. Todo era como antes, sólo que con ropas recién tejidas.

Empero, esto pronto acabó. El séptimo monarca fue asesinado por su cocinero mientras veía *Sed de mal* en el salón de palacio. El magnicida, utilizando su condición privilegiada de jefe de fogones, había vertido un tósigo infalible en la copa de Su Majestad. El rey murió, pero había rey. Y sabía preparar succulentas sopas de marisco.

A partir de entonces, el país entre dos mares tuvo un rey cada año. Este nuevo monarca optó por una política totalmente distinta a la del anterior. Decidió cambiar por completo la fisonomía de la ciudad, y por ello llenó la corte de palacios suntuosos, bañados de oro y jade, para, según decía él, poder mostrar al mundo el esplendor de su reinado. Pero lo cierto era que para lo único que servían era para alojarle a él y a su familia en sus largos y aburridos descansos estivales. Y además este monarca tenía la horrible manía de no avisar nunca a cuál de ellos iba a ir, de manera que los cocineros tenían que preparar en todos y cada uno de los palacios desayuno, comida, merienda y cena para seis, porque si no podían sufrir en sus carnes el amargo trago de la flagelación.

Aquel que fuese elegido por el soberano para pasar el tiempo era adornado de arriba abajo con galas magníficas y los cómicos más excelsos de la población pasaban por allí para entretenerle y así ganarse la gracia de Su Majestad. Sin embargo, en el resto de palacios que no habían sido del agrado del rey, cada día se tiraban al mar toneladas y toneladas de comida. Esto provocó que los recursos se agotaran de forma alarmante. De modo que un golpe de Estado derrocó a este octavo soberano, que se fue a pasar sus días como ermitaño a una tierra desconocida. Su familia marchó con él, así que ni la reina ni los príncipes tuvieron la posibilidad de suceder a su amado progenitor y esposo.

El líder del golpe fue un individuo muy gordo y muy feo elegido por el pueblo llano, que veía cómo su gente moría de hambre mientras el rey vivía en la opulencia. Como no podía ser de otra manera, este individuo tan desagradable fue, desde ese momento, el nuevo encargado de dirigir los designios del país entre los dos mares. Lo primero que hizo fue elegir a un músico dodecafónico para que compusiera el himno nacional, cosa de la que, aunque parezca increíble, carecía el país. Y además fue él mismo quien escribió su letra que, como la de todos los himnos, hablaba de *gloria*, *victoria*, *memoria* y muchas otras palabras acabadas en *oria*. También agració al país con una constitución de un solo artículo que, a su vez, solamente contenía cinco palabras. Eran éstas: *EL REY AQUÍ SOY YO*.

Hay que resaltar que fue durante el gobierno de este monarca cuando las selecciones nacionales de los principales deportes del país comenzaron a ganar trofeos. Esto ponía muy contento a Su Majestad, porque le gustaba aparecer en la foto junto a los campeones y soltar discursos panegíricos en loor de este o este otro atleta. No sé si será cosa del destino o de algún tipo de maldición arcana, pero el día en que la vida de este rey acabó, acabó también la racha victoriosa de los equipos patrios.

La muerte de este monarca es aún hoy un misterio, pues cuando Hermes vino a por él lo encontró tendido en el suelo del salón del palacio con la barriga hinchada, como si de un hidrópico se tratase. Los médicos no supieron la causa. No dejó esposa ni hijos. Al pobre no le dio tiempo a tenerlos.

Lo que sí se sabe es que su sucesor no era varón. Hartos de tanto trajín regio, el pueblo decidió subir al trono a una mujer, para ver si así se encontraba la tan anhelada estabilidad. Pero de nuevo fuimos perjudicados por los deseos de Fortuna. Esta buena señora decidió cambiar toda la decoración del palacio en el que ella y los suyos se alojaban. Los salones dejaron de ser los de antaño para convertirse en funcionales paradigmas del *new design*. Las ampulosas balaustradas que circundaban el edificio se transformaron en sobrias vallas de metal, de las que pendían colorosas macetas con petunias, rosas y gladiolos. Aquello ya no era un palacio monárquico sino una simple casita de campo, digna de un burgués latifundista. Y, por la misma razón, la reina había dejado de ser reina para pasar a convertirse en un ama de casa esclava de la moda *kitsch* y el diseño de vanguardia.

De manera que había que buscar un nuevo rey, el que a la postre sería el undécimo y último antes de la horrible debacle. Se trataba del hermano menor del

octavo monarca, aquel que tuvo que exiliarse junto con su familia y de cuya vida os he hablado anteriormente. Este hombre se convirtió en rey sin el apoyo del pueblo, y por eso lo primero que hizo fue tratar de ganarse su confianza. Con ese propósito decidió enviar emisarios para que fueran por los hogares, donde los ciudadanos les dirían qué asunto era el que más les preocupaba con relación a la vida social o política del Estado. Cuando se logró interrogar a los cientos de millones de nativos, el rey llevó a cabo sus reformas de manera eficaz. Sin embargo, el ánimo del pueblo llano a veces es insaciable y por ello, al poco tiempo de que su rey les diera lo que ellos le habían pedido, ya estaban de nuevo insatisfechos. Así que se volvió a repetir la operación: otra vez las preguntas, otra vez las respuestas, otra vez el jaleo. Nuevamente las reformas y nuevamente las quejas.

Éste fue el motivo que le llevó a Su Majestad, cansado de soportar manifestaciones y protestas por parte de sus displicentes súbditos, a abdicar del trono en favor de su sucesor: el rey número doce, que pasaría a la historia por ser el último soberano de este reino entre dos mares. Y es que lo que ocurrió durante el gobierno del duodécimo monarca fue desastroso. Fue algo que cambió para siempre el rumbo de esta pequeña península de la que os hablo. Después de que el soberano llenase el país de bibliotecas, universidades y colegios para que el pueblo lograra alcanzar la verdad; después de levantar aeropuertos, carreteras y vías de ferrocarril que atravesaban todo el Estado; después de crear teatros, auditorios y cines donde se representaban las más grandiosas creaciones del insondable intelecto humano; después, digo, de darles a sus fieles lo suficiente y necesario para ser individuos dignos llegó la República, la maldita República, que terminó con la monarquía para siempre.

Y nadie quiso volver a saber nada de testas coronadas en esta tierra rodeada de agua. Hoy día es una república próspera, un fanal para las naciones que lo circundan. Pero hace poco tuvo doce reyes.

Y de todos ellos, al que yo mejor recuerdo es al último, sobre todo porque ahora es mi vecino y solemos mantener conversaciones distendidas cuando ambos coincidimos en el balcón, casi siempre por motivos distintos: yo salgo a fumar y él a regar sus hortensias. Entonces es cuando se destapa como Afrodita y me confiesa su solitaria tristeza. “*Yo fui un gran rey*”, suele decirme. “*Yo pude haber sido un monarca magnífico. Le di a mi pueblo todo aquello de lo que yo carecí. Y me remuneró con el oprobio. Ahora sólo soy un ciudadano más, un individuo entre la masa. Y todo porque tenía algo que los demás monarcas nunca tuvieron, algo que esta gente desprecia, porque está acostumbrada a no tenerlo. Algo que sólo unos pocos poseen y que es como un tesoro entre la mugre, y por eso fui envidiado.*” Y se para.

Luego continúa: «*Yo tenía principios, coherencia en el pensar, independencia en mis juicios, dignidad humana por la que responder. No me dejé influir por nada ni por nadie, nunca. Yo tuve SENSATEZ, amigo mío. Por eso fui un gran rey.*”

Y una lágrima cae, inevitablemente, de sus pequeños y alegres ojos marrones.

*Para vosotros, muchachos.
Llevamos el barrio tatuado en la carne.*

SEGUNDA ESTACIÓN

RESPLANDOR

Coloso que hasta olímpicas alturas
te elevas, cual satélite perdido.
Gigante, si tú estás, cada partido
se adorna de elegantes florituras.

A tu lado son simples miniaturas
aquellos que tu suerte han compartido.
Mariscal que cabalgas, aun herido,
por praderas, yermos y sepulturas.

El fútbol hecho carne en tu persona.
El cinco a las espaldas cual corona.
Resplandor de Madrid en noches muertas.

Tonante dios de calva poderosa,
magnífico Goliath, sol luminosa.
Bailarina procaz de islas desiertas.

PISANDO FUERTE²

Las puertas mecánicas se abrieron ante mí, sostén incansable de envoltorios multicolores y cajas de Pandora. Salí del hipermercado y allí me la encontré, ardiente y apetecible, como el pastel que preparaba mamá en los tristes días de mi primera inocencia. Era tan hermosa, tan genuina, tan pura, que no pude evitar la tentación de pararme ante ella durante un instante y observarla con ojos de marioneta. Sentía el enorme peso de las bolsas cercenándome los dedos, pero no me importaba. Tenía tal belleza delante que desdeñaba toda sensación mundana. Sólo existíamos yo y ella. Ella y yo.

A pesar de todo, oía el ruido de los coches que machacaban la calle, con sus humos nutricios y sus idiomas ya cotidianos entre el trajín de la gran urbe. Ella permanecía incólume, toda sensual y virgen, ajena a la ciudad eclosionante. Yo quise hablar, pero no pude. Las frases se me acumulaban en la mente y trataban de salir todas a la vez, como si hubiera rebajas en mi boca. Me había convertido, sin yo quererlo, en un maniquí extravagante.

Sin embargo, ¿qué podía decirle? Ahora la tenía delante; veía realizado el sueño de toda mi vida. Y, ¿cómo iba a arrancar? Podría ser directo, pero quizás a ella le apabullara tanta vehemencia. No. La perdería a las primeras de cambio. Podría ser quizá dulce, pero entonces no sería yo, de natural tosco y huraño. Sería una máscara la que hablaría con mi lengua. Dios mío, ¿qué podía decirle? ¿Cómo hablarle a tanta belleza?

Al final me decidí. “*Hola.*” Tragué saliva. “¿*Cómo estás?*”, acerté a pronunciar, pero no respondió. “¿*Te apetece tomar un café?*” Sólo se escuchaba, vagamente, la mustia sinfonía que palpitaba la ciudad. Luego rugió un avión por allá arriba. Continué conversando con ella, haciéndole preguntas que me la desnudaran, pero fue en vano. Ella no escuchaba mis lamentos.

Entonces fue cuando se me ocurrió cometer el acto atroz, el crimen impietoso. La ira me recorrió sin pagar peaje, enfurecido por el desdén que mostraba mi amada. Ahora sabía lo que sentían esos desgraciados que aniquilan a sus hembras con martillos y escopetas plumbíferas. Mas yo sólo tenía a mano bolsas blancas de petróleo. Así que, listo para consumir mi venganza, levanté la pierna izquierda y la coloqué sobre ella, toda inmóvil y encantadora, asuntora impertérrita de su cruel destino.

Chof.

Sentí bajo la suela una sensación mórbida y pastosa; inolvidable. Nunca antes me había hallado tan pletórico. Era como eyacular zumo de melocotón. Tal vez estuviera imbuido por el espíritu de Caín. Tal vez me gustase asesinar, aunque esta vez sólo se había tratado de un excremento, de una cagada canina que aquella mañana me encontré en mitad de la acera. Esperé a que el hombre del semáforo se pusiera verde y crucé la calle hasta llegar a casa. Volvía a prestar atención al peso de los manjares.

² Relato aparecido por primera vez en el número 4 de la Gaceta Literaria Humanista Universitaria MeΦisto.

AGÍTESE ANTES DE USAR³

Había contraído, en efecto, la enfermedad del insomnio. Le dijeron que contra eso lo mejor que podía hacer era verse enterita una película de Ingmar Bergman, a poder ser en versión original y sin subtítulos. Es necesario hacer constar que no tenía ni puta idea de sueco.

Así hizo, y desde entonces no pudo dejar de dormir. Dormía en cualquier momento y de cualquier manera: por la mañana, por la tarde, al mediodía, por la noche, durante la hora del bocata, de pie, sentado, a la pata coja, de puntillas... Se quedaba dormido hasta cuando se estaba tirando a su chica. El asunto era de tal gravedad que ni siquiera los chillidos que la dama emitía cuando él se la clavaba, como siempre, con todas sus ganas, eran capaces de acabar con su perpetua somnolencia.

Entonces acudió a su médico de cabecera y éste le aconsejó que, para vencer el obstinado sueño, lo mejor que podía hacer era escuchar una sinfonía de Haydn, a ser posible en estéreo, con calidad digital e interpretada por la Filarmónica de Londres. Así hizo, y funcionó. Sólo que ahora era imposible que se quedase dormido siquiera diez minutitos, por muy mullido que fuera el colchón que tuviese debajo y por muchos polvos que le echase a su chica cada madrugada.

De modo que, a partir de ese momento, su vida empezó a oscilar entre un alemán y un sueco, su melatonina particular, los únicos que podían proporcionarle un ciclo vital estable al controlar sus rigurosos intervalos de sueño y vigilia. Y entonces, fue feliz.

³ Relato aparecido por primera vez en el número 6 de la gaceta literaria humanista universitaria MeΦisto.

TERCERA ESTACIÓN

HERALDO

A veces silencioso, en ruido a veces,
aromatizas con tu risa el mundo.
Heraldo fiel de un placer infacundo
que en el trono de mármol enardeces.

En momentos dispares apareces,
soberano del antro más profundo.
Sí, yo te alabo, pedo inverecundo,
perpetuo emperador de orines y heces.

Conquistas sin piedad fosas nasales
y entonas de marfil bellas tonadas
en tiempo y tesitura desiguales.

¡Eterno dios! Visitas mis moradas,
las revistes de aromas celestiales
y me haces compañía en las cagadas.

Una gota de sudor se desliza por mi mejilla. La siento, hirviente y vívida, igual que se siente la mosca que se te posa inocente en la muñeca. Un rugido enorme y continuo fluye a mi alrededor, como una ola, imparable y perpetua, chocando contra un acantilado sin cumbre. Coloco el balón en el césped, tranquilo, sosegado, con calma, con mucha calma. Lo hago todos los días en los entrenamientos. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Me doy la vuelta y veo a mis compañeros, todos vestidos de blanco, todos sudorosos. Hay algunos que jadean. Otros me miran fijamente, me dicen con los ojos: “*Ánimo, chaval, que lo vas a meter.*” A lo lejos, nuestro portero, de espaldas, mirando hacia la red de su portería, incapaz de soportar tanta tensión. Me doy la vuelta. Levanto la mirada. 91:35. 0-0. El partido ya está acabado. Es un todo o nada.

El árbitro va a pitar. Siento todos mis músculos en tensión, listos para soltar el latigazo inmisericorde. De repente, dos pitidos cortos. Una mano extendida hacia mí. La otra entra en un bolsillo y de inmediato aparece bajo una tarjeta de color amarillo. Todos los ojos dirigen sus pupilas hacia ella, como si fuera algo insólito recién surgido, misteriosamente, del cielo. Al parecer, el portero rival ha cometido una infracción y se ha movido antes de que yo disparara. Veo cómo dialoga con el árbitro, cómo ambos gesticulan. Hace mucho calor. El aire hierve. Trago saliva y me sabe espesa. La gota de sudor ya ha llegado a la barbilla, y en breve se precipitará inexorablemente hasta el abismo de color verde.

De repente, un pitido largo. Luego una corta carrera. Una potente patada. Un golpe seco. El tiempo, una entelequia.

Toc.

Y al rato, un rugido atronador. Los brazos extendidos. Corro con todas mis ganas. Ya no hay cansancio. Ya no hace calor. Me tiro al suelo. Un cuerpo cae sobre mí. Otro. Otro más. Una voz ronca suelta palabras sin sentido. No acierto a oírlas. No puedo respirar. Me aplastan. Me ahogo. No puedo respirar. Me ahogo...

Se despertó sobresaltado, con el corazón ametrallando sus costillas. Tenía los ojos completamente abiertos, como si acabara de ver a un espectro vengativo. Miró a su alrededor. Estaba en su habitación, metido en la cama, aún legañoso y con el pijama puesto. Allí no había estadio, ni porterías, ni victoria. No había tampoco muerte.

Se palpó el cuerpo. Chorreaba de sudor, aunque no sabía si era a causa de la pesadilla o por el partido. Volvió a tumbarse y a cerrar los ojos, y a tratar de dormir un poco más. Al rato, una voz femenina le despertó. Una voz que sonaba familiar en sus oídos y a la que estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo.

- Buenos días Fermín. Hoy es lunes, 13 de junio. Hace un día nublado. La temperatura en el exterior es de 34 grados. La temperatura en el interior es de 23 grados. Son las 7 horas 45 minutos y tienes que ir a trabajar.

La que hablaba era Jenny, una agenda digital comprada por Internet con 1.500 teras de memoria y 2.400 megapíxeles de resolución, completamente equipada con todo lo que el ejecutivo emprendedor de hoy día pueda llegar a necesitar. En el mundo del siglo XXII los objetos tenían sexo. Indudablemente, su agenda era mujer.

Y Fermín se levantó, sonriente. Nadie podía resistirse a la sensual cadencia prefabricada de Jenny, la única hembra sobre suelo terrestre que le conocía a fondo, la única que le había sido fiel desde el principio. Pero él aún no era consciente de lo que le acababa de suceder. Sólo al terminar de ducharse y ver en el espejo la imagen *fitnessada* de su cuerpo humeante fue cuando comprendió que todo no había sido sino un sueño, un

triste y complejo sueño en el que casi pudo tocar la gloria por un instante, un breve instante antes del final. Y no supo si echarse a llorar o a reír.

Mientras desayunaba en la cafetería de debajo de su casa Fermín se preguntaba cosas. Se preguntaba si era posible separar el triunfo del fracaso y si éstos existían realmente. Mientras mojaba la tostada en el café cortado, como todos los días, se preguntaba si era posible volver a soñar lo que ya se había soñado.

Bebió un trago de la taza. Juancho tenía puesta su antediluviana tele en el local, una Philips sin nombre de tiempos de lo analógico, y a través de su prehistórico tubo catódico, reverdecido ya por los siglos, se podían ver los informativos matutinos. Alzó sus ojos aún dormidos y vio lo que nunca hubiera deseado ver.

- Qué hijos de puta los polacos, ¿eh? Como ganaron ayer. ¡Qué mariconazos! -espetó Juancho al otro lado de la barra, mientras servía uno solo a un cliente- Anda que el negro de los cojones, fallar un penalti... ¡Qué cabronazo, tío! No sienten los colores, macho. -Su gesticulación era ostentosa- Si me dieran a mí lo que cobran ellos... ¡es que me comía el césped, macho, me lo comía!. Y se limpiaba las manos en el delantal.

Ese lunes había amanecido triste. El sol, aún balbuciente, apenas podía reír bajo el manto de nubes grises que saludaban a Madrid desde la altura, desperezándose toda gris, monstruosa y cautivadora. Aunque habían aprendido a controlar las precipitaciones, era posible que lloviese. Pero eso a Fermín le daba igual. Después de la derrota de su equipo, todo le parecía un sin sentido.

Se acabó el desayuno y le pagó a Juancho, que continuaba sirviendo cafés y tostadas y hablando a gritos con los clientes, como cada mañana desde hacía quince años. Salió a la calle. La ciudad, aún soñolienta tras la resaca del fin de semana, le volvió a saludar, con la belleza caótica de una mujer recién levantada.

Caminó hacia donde estaba aparcado Gus, un Lexus azul metalizado traído directamente de las fábricas automovilísticas de Marte. La sensual Jenny le iba hablando dulcemente por el camino, acariciándole con su monotonía, anunciándole las tareas del día y las múltiples citas que tenía pendientes. Cada vez se iba enamorando más de su chica. Los recuerdos, mientras tanto, horadaban su cabeza. “*Ánimo, chaval, que lo vas a meter*”. “*Me ahogo, no puedo respirar, me ahogo...*” Y las preguntas sin respuesta anidaban en su martirizado cerebro. “¿Se puede vivir lo que se ha soñado?”

Gus esperaba a su dueño con el motor caliente y las puertas abiertas. Le saludó, como todas las mañanas desde hacía cuatro años, y le dirigió con velocidad adecuada hasta su destino, el mismo de todos los días, ya programado de antemano. En el mundo del siglo XXII eran los coches los que conducían a las personas.

Terminó de trabajar al filo de las siete. Le dolía muchísimo la garganta. La desaparición de los teclados y los ratones no había sido tan beneficiosa como les habían contado. La verdad es que hablarle durante ocho horas a una pantalla de plasma era algo muy pesado e incómodo. Pero las ciencias avanzan imparables, como un tsunami en pleno océano.

Antes de pisar el abrasante asfalto urbano quiso permanecer un poco más de tiempo delante de su amigo y compañero de fatigas laborales; el único que era capaz de comprenderle si olvidamos, claro está, a su fiel y amante Jenny. Se aflojó la corbata y puso los pies sobre la mesa.

- Hola Toby. ¿Cómo va todo?

Una voz sintetizada le respondió fríamente. Una voz tan varonil y cotidiana que para él era como la voz de Dios.

- Buenas tardes señor Méndez. ¿Desea iniciar la sesión?

- Afirmativo.

- ¿Qué sistema operativo desea utilizar, señor Méndez?

El suyo se llamaba Toby. Otros les ponían nombres de mujer. Hace cien años les aseguraron que en el futuro iban a poder elegir el sexo de sus ordenadores, de sus coches o sus neveras. Se rieron de incredulidad. Pero, curiosamente, las ciencias son como tsunamis: avanzan inclementes sin dejar vestigio alguno.

- ¿Desea navegar por Internet, señor Méndez?

- Afirmativo.

- ¿Qué navegador desea utilizar, señor Méndez?

Su periplo por la red fue corto. Simplemente quería ver imágenes de aquel momento fatídico. Buscaba una patada seca, un gol que nunca fue. Como suele ocurrir, lo encontró. Estaba tan obsesionado que le pidió a Toby que repitiera el vídeo. Y Toby lo hizo, exactamente doce veces, como Fermín le había ordenado. Pretendía memorizar cada gesto, averiguar dónde estuvo el fallo, como si el azar se rigiera por patrones lógicos. Y de inmediato recordó la gota deslizante, el balón copulando con la red, la alegría anterior a la nada.

El sonido de la puerta le sacó de la absorción. Le extrañó, porque él era en ese momento el único humano dentro del edificio y, evidentemente, no podía haber sido su dedo el que pulsase el intercomunicador. Le ordenó a Toby que se apagara y él, obediente, lo hizo. Se calzó y se puso de pie. Con paso y mano temblorosos se acercó al foco del ruido. De todos modos, percibió que el miedo que sentía en ese momento no era nada comparado con el que le había invadido en el estadio anoche, mientras colocaba el balón sobre el pequeño círculo pintado con cal.

Agarró el manillar, aún perplejo. Esperaba encontrarse con alguno de los cyborgs que limpiaban el local todas las tardes, alguno burlón que le había dado por llamar a su puerta para tomarle el poco pelo que aún le quedaba. Pero antes de que pudiera vislumbrar alguna forma al otro lado, antes de que sus ojos pudieran percibir algo inteligible más allá del umbral, mientras la puerta se iba abriendo poco a poco, una voz tenoril le atacó sin pudor.

- ¿El señor Méndez, por favor?

Frente a él había un hombre de atuendo ciertamente inquietante. Vestía unos zapatos negros y picudos, perfectamente lustrados, que brillaban, como si estuvieran hechos de luz. Dentro de ellos había unos calcetines opacos, del color de la nieve, que contrastaban con la negrura de los pantalones que los cubrían. Unos pantalones que a Fermín le parecieron de una textura digna de un dios. Llevaba también una camisa llena de cuadrados, muy curiosa, que era como un abotonado tablero de ajedrez en miniatura. Sobre ella, una chaqueta bicolor muy sencilla, con su parte derecha como el yeso y su izquierda como el carbón. Las manos estaban enguantadas, cada una con el color contrario al de su manga. Pero lo que más llamaba la atención en él era su sonrisa, su inquietante sonrisa de almanaque. Sus dientes, rutilantes perlas de jade, contrastaban con la oscuridad de su rostro de ébano. Era como un personaje sacado de una película de los años 20.

Fermín quedó estupefacto ante tamaña visión. Durante el tiempo que tardó en explorarle de arriba abajo, no cesó nunca de sonreír. Ni siquiera cuando le tendió su mano enfundada y le dijo aquella misteriosa frase:

- Permítame que me presente. Soy Hermes, el vigilante Argifontes; mensajero de dioses y pastor de almas. Encantado de conocerle, caballero. Vengo buscando al señor Méndez... ¿Es usted por un casual? – y lanzó una mirada por encima del hombro de

Fermín, estirando el cuello con curiosidad, como si buscara algo entre la oscuridad de la diminuta salita.

- Sí, soy yo. -logró balbucir con un hilo de voz.

- Pues entonces debo llevarle. Tiene que venirse conmigo, señor Méndez. -continuó sonriendo.

Fermín estaba alucinando. No sabía quién podía ser aquel individuo tan peculiar que le buscaba. No imaginaba siquiera dónde podía querer llevarle. Al principio pensó que todo era una fútil tomadura de pelo, que ese tipo era un chalado que sólo deseaba su cartera. O que seguramente sería algún enemigo del pasado del que ya no se acordaba y que ahora había aparecido de improviso para cobrarse alguna venganza. Imaginaba que ese señor tan simpático que ahora veía ante él le iba a conducir hasta cualquier callejón pestilente y que allí, con toda su frialdad, seguramente le incrustaría una bala dentro de la nuca. Sin embargo, había algo en él que le atraía, algo desconocido y misterioso que no acertó a explicar y que fue lo que hizo que lo abandonara todo y le siguiera.

- Déjeme al menos que me calce. ¿Vamos a ir muy lejos?

- Por supuesto, señor Méndez. El sitio a donde vamos no está en este mundo.

Fermín pensó que irían a una de las múltiples colonias que los terrícolas habían construido en Marte. Siempre había querido verlas. Fueron muchas las discusiones que había tenido con su jefe porque nunca le permitía subir a las ciudades marcianas, a pesar de que su empresa tenía allí las sucursales más eficientes y él era uno de los mejores trabajadores de la compañía. Se lo había solicitado infinitas veces, pero fue inútil. Por eso, cuando ese misterioso ser se lo propuso, una incipiente sonrisa se esbozó en su cansado rostro.

Se calzó apresuradamente y cogió con cuidado a su Jenny. Mientras Fermín se preparaba, el visitante en blanco y negro permaneció inmóvil en el umbral de la habitación, siempre sonriendo. Parecía un autómatas que siguiera órdenes estrictas de una mente superior. De esos había muchos hoy en día, es cierto, pero también es cierto que ninguno era tan inquietante como él. Lo que más le asustaba a Fermín era su sonrisa, su eterna e inmaculada sonrisa.

- Ya estoy. Vámonos.

- De acuerdo. Como guste.

Salieron al pasillo y enfilaron hacia la pared de los ascensores. El hombre bicolor caminaba de una manera que Fermín nunca le había visto antes a nadie. Parecía como si levitara, como si ni siquiera se apoyase en el suelo. Su cadencia en el andar hipnotizaba. Era a la par elegante y esbelto, como un bailarín de claqué.

Llegaron al final del corredor y llamaron a Jimmy. Mientras le esperaban, Fermín, ahora a la luz de los fluorescentes, pudo verle con más nitidez la cara a su arlequinado guía. Su negra piel no mostraba apenas arrugas, ni granos, ni lunares. Ni siquiera un solitario pelo. ¿Cuántos años podría tener? ¿Veintitrés? ¿Veinticinco? Tal vez menos. Era prácticamente un adolescente. O eso o se trataba de un asiduo visitante de quirófanos en sesiones de rejuvenecimiento. Como siempre, seguía sonriendo.

Jimmy llegó enseguida y los dos se subieron a él. El director de la empresa tuvo un día la brillante idea de ponerles a los ascensores voces de actores de Hollywood muertos hacía más de un siglo, cuando en el cine trabajaban seres humanos y sólo era un medio audiovisual. Jimmy, el número seis, tenía la voz de Charles Bronson. Fue un capricho personal de su mujer.

- ¿Vamos a Marte, verdad? -inquirió Fermín a su ajedrezado acompañante. Él se echó a reír. Al hacerlo Fermín se dio cuenta de que llevaba bajo la chaqueta una corbata negra con alitas blancas estampadas por doquier, en la que no había reparado antes. Le

parecía divertida, y estuvo a punto de preguntarle dónde la había encontrado. Sin embargo no llegó a hacerlo, y por eso éste le respondió:

- Nos dirigimos a un lugar en el que todos los sueños se vuelven reales, en el que no existe el fracaso ni el miedo, sólo el éxito absoluto. Allí yo soy alguien importante, aunque el que mande sea otro. –y su boca resplandecía mientras hablaba.

Estas palabras actuaron como un bálsamo sobre el maltrecho espíritu del señor Méndez. Al instante inmediato de escucharlas le vino a la cabeza aquel clamor de cientos de miles de voces en derredor, aquella alegría inconmensurable, aquel inefable momento antes del terrible despertar, antes de la noche que fue día. Y la portentosa sonrisa de aquel que se hacía llamar Hermes contagió a su boca y a sus ojos, que en ese momento cambiaron de pose y pasaron a ser hermanos gemelos de los de su compañero de ascensor.

Llegaron a la planta baja y Jimmy se despidió, como todos los días desde hacía seis años. Salieron al vestíbulo, en ese momento únicamente iluminado por las luces de emergencia. Fermín nunca había visto la oficina tan vacía. Atravesaron la recepción y pasaron junto a la sala donde le habían entrevistado el día que llegó, hace muchos años, cuando en su ser había juventud y en su corazón esperanza. Dejaron a un lado la garita donde solía sentarse el conserje y empujaron la cristalera de salida. La calle les invadió sin remedio.

Encontraron a Madrid radiante. Parecía una novia engalanada antes de acudir a los esponsales. La tarde, sin embargo, era el rehén de las nubes, que aún hacían valer su hegemonía sobre el astro que alimentaba a los dos planetas en los que habitaban los terrícolas. Amenazaba lluvia, sin duda, pero seguro que los eficaces muchachos de la B.A.B., la Brigada Antiborrasca, ya se habían puesto manos a la obra y en breve libertarían al prisionero de los nimbos. Apenas había viandantes. Desde que la ciudad había dejado de ser la capital de la nación la población había disminuido bastante y ya no se apreciaba ese bullicio ensordecedor del que gozaba la urbe hacía muchos años, según nos cuentan los libros de historia, cuando el país era un reino y su extensión centuplicaba la de ahora. Fermín sacó de su bolsillo el interfono con el que siempre llamaba a Gus, pero su acompañante le hizo un gesto de detención con la mano.

- No lo hagas, es inútil. A donde vamos sólo se llega por un camino y no está aquí arriba.

Nunca se había desplazado de un lugar a otro fuera del coche. Era como una prolongación de su persona. Sin él se encontraba indefenso y asustado, como un huérfano recién nacido. Guardó el intercomunicador y miró al hombre de ébano con ojos desvalidos, como pidiendo clemencia ante semejante suplicio. Desplazarse fuera de Gus era algo que no armonizaba con su mentalidad de hombre del siglo XXII. Pero el que decía ser pastor de almas no se acomplejó ante aquella insólita mirada. Permaneció inflexible en su intención y echó a andar hacia el norte, en dirección a la boca de metro más cercana.

No tuvo más remedio que seguirle. Jenny, que durante todo este tiempo había permanecido en silencio, soltó una frase que él no escuchó. Le dijo que tenía que visitar a su madre recién operada, que era muy importante. Pero su amado sólo poseía una cosa en la cabeza: el momento en el que iba a tener la oportunidad de resarcirse, de vengar la afrenta que ayer se cometió contra su equipo y que tanto sufrimiento le había granjeado, como hizo anoche en el sueño. Pero esta vez, no iba a fallar.

Anochecía. Los tres se dejaron engullir por las fauces de la ciudad subterránea. Madrid les despidió nostálgica, como si fuera una muchacha despidiendo a su hombre que se marcha a hacer la guerra a países lejanos.

Estoy asustado, mi amor. Este caballero me llena de inquietud. Me dice cosas que no termino de entender, que ni siquiera tienen sentido. Ahora nos hemos metido en el metro porque asegura que es el único medio de llegar a nuestra meta. La verdad es que nunca había pisado este suelo, cariño, pero hora que lo hago, por primera vez en mi vida, me parece algo familiar.

Atención. Cita con Ernesto dentro de 30 minutos.

Ayúdame, Jenny. Estoy asustado. No comprendo cómo puede existir un sitio al que sólo se puede llegar de una manera. Debe de haber algo oculto, algo misterioso en todo esto. Temo que pretenda secuestrarme, que tal vez haya sido seleccionado por el gobierno para un experimento genético, como es frecuente hoy en día. O quizás todo esto sea como lo de anoche y simplemente tenga que esperar a que despunte el sol para que acabe. Sí, mi vida. Seguro que ahora mismo estoy en la cama y que dentro de un par de horas me despertaré y volveré al mundo en el que vivía, a la ciudad que me vio nacer. Pero aun así, estoy asustado. Por favor, no me abandones ahora.

Atención. Comprarle el regalo a Lucas.

Estamos los tres solos en el vagón. Me atrevería a asegurar incluso que somos los únicos viajeros de todo el tren, que vuela sobre sus pies de metal para transportarnos hasta nuestro destino. En la estación en la que nos hemos subido tampoco había gente. Yo solamente he podido ver en ella a un mendigo tendido en el suelo, envuelto entre mantas, que expelía un olor desagradable, como a carne quemada, que lo embadurnaba todo. Hermes me ha dicho que murió la semana pasada, que se llamaba Hugo y que su último deseo fue perdonar a su hijo y a su mujer por haberle olvidado. No sé qué pensar. Todo esto es muy raro, amor mío. ¿Por qué no me despertaré aún?

Atención. Comprar el pan para la cena.

El tren no está parando en ninguna estación. Cabalga veloz, todo furia y acero, con un solo final en la mente. Hermes, sentado a mi lado, se está fumando el canuto que se ha estado liando todo este tiempo. Hace un rato me ha preguntado que cuál ha sido mi mayor sueño en la vida. Yo le he seguido el juego y se lo he contado, todo lo de anoche, con pelos y señales. Como me temía, se ha echado a reír. Me ha dicho que no existe el fracaso total, al igual que no puede existir el éxito absoluto. Que todo fracaso necesita un poco de éxito, y que todo éxito lleva en su idiosincrasia algo de fracaso. Me he sentido mejor al oírle. Pero muy poco, Jenny, vida mía.

Atención. Llamar a mamá antes de cenar.

Llevamos casi una hora de viaje y mi acompañante no deja de sonreír. Me arrebató su traje de ajedrez. Cada vez que le miro estoy más convencido de que se trata de algún tipo de dios que ha venido de visita a la Tierra. Sólo las divinidades pueden vestir así.

Atención. Preparar la reunión del viernes”

Ya hemos llegado. El tren se acaba de parar por primera vez en toda su trepidante carrera. Las puertas se abren automáticamente y Hermes se levanta con parsimonia, expelle una bocanada de humo de hachís fuera de su abdomen y sale al andén. Tengo que seguirle, Jenny, amor mío, así que me parece que tenemos que dejar de hablar por hoy. Adiós y protégeme velante, como haces siempre. Tal vez esté a punto de despertarme.

PLUTÓN. Eso es lo que ponía en los carteles que había por toda la estación en la que se encontraban Fermín y el hombre de ajedrez. Nadie era testigo de sus pasos, solo la atenta Jenny. A lo lejos escucharon unos ladridos horribles, que por un momento

pusieron la piel de gallina al señor Méndez, horripilado, pues le parecía que habían descendido hasta el mismísimo averno.

A cincuenta metros de ellos, subiendo por unas escaleras, se podía ver una puerta verde oscuro, con una pegatina en su fachada: SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Hacia allí se encaminaron, el uno fumando con parsimonia, el otro sin soltar a Jenny. Cuando llegaron al extremo de las escaleras, el hombre de la corbata alada colocó su mano negra sobre aquel panel color verde. “*Ya hemos llegado*”, dijo. Y empujó.

Fermín tuvo un *déjà vu* desasosegante cuando comprobó lo que había al otro lado de la puerta. Dos hileras de taquillas se abrían a los lados, formando un corredor que terminaba en una pared, delante de la cual reposaba un pequeño banco pintado de verde. Allí le atendía una figura que una vez vio, hacía mucho tiempo, pero que su memoria se había encargado de borrar.

- Hola Fermín. Otra vez estamos juntos.

Dio cinco pasos y cruzó el umbral. La puerta se cerró potentemente a su espalda, dejando un eco metálico que lo embadurnó todo. Tenía los ojos fijos en esa aparición, pero empezaron a humedecerse, impidiéndole verla con claridad. No le importaba, porque había reconocido claramente aquella voz que le había hablado.

- Fátima... Han pasado eternidades desde que nos vimos por última vez. Me enteré de que te tiraste por el Puente de Segovia, al poco de que lo dejáramos. También... de que no sobreviviste.

Ahora se sentía más tranquilo. Si aquello era un sueño, ya no quería despertar. Le daba igual dónde estuviese, si lo que estaba viviendo existía realmente o no. Lo único de lo que estaba seguro era de querer permanecer allí, todo el tiempo que fuera.

- Así pasó. Pero me han dicho que ibas a venir y he querido verte jugar. Sabes que, aunque lo nuestro no funcionó, jamás te guardé rencor. También que todo fue culpa de la coca. Quiero que me perdones. –regueros de sangre corrían por su cara. Frente, mejillas y boca aparecían lacerados, surcados por heridas abiertas y golpes furibundos. - Toma. Me han dado esto para ti. –le miró con sus ojos tornasolados. – Me han dicho que te lo pongas.

Le entregó una equipación de fútbol completamente blanca. Elástica, pantalones y calcetines, todos del mismo color, colgados de una percha de madera. Él la cogió y le dio la vuelta. Leyó: MATADOR MENDEZ, serigrafiado en la espalda, en letras negras. Un rutilante número 18 lucía bajo ellas, de idéntico color. Entonces fue cuando todo lo que le había contado su guía desde que le abrió la puerta esa mañana empezó a cobrar sentido. “*¿Se podrá vivir lo que se ha soñado?*” No cabía duda. “*¿Se podrán separar el éxito y el fracaso?*” Ahora lo comprobaría.

Se despojó del traje azul de diseño que vestía y dejó a Jenny en el suelo, despidiéndose de ella tal vez para siempre. “*Gracias por todo, amiga*”, le dijo, “*Espérame aquí*”. Ella soltó tres pitidos entrecortados y breves, avisándole de que se estaba quedando sin batería. En el mundo del siglo XXII, los humanos y los objetos mantenían conversaciones.

Se puso de corto y miró al banquillo. En el lugar en el que antes estaba sentado un cuerpo femenino, ahora había unas espinilleras y unas botas de tacos de aluminio. En el pavimento reposaba, inmóvil, un balón reglamentario, idéntico al del gol de su sueño. Se calzó las negras botas, que curiosamente eran de su talla, y se agachó a por la pelota, que estaba formada por rombos blancos y negros. Se había transformado por completo en un individuo en blanco y negro, como aquel que le acompañó hasta aquel lugar misterioso. Nunca le había gustado jugar con espinilleras y por eso las dejó donde estaban.

Salió por la puerta abierta que tenía a su izquierda y fue a parar a una galería amplísima, que acababa en una enorme embocadura cuadrada, por la que se podía ver parte de un graderío y el verde césped de un terreno de juego. Estaba decidido. Ya había vivido esto antes. No temía el momento, sólo fallar; sólo el fracaso que le privara de su utopía. *“Nos dirigimos a un lugar en el que todos los sueños se vuelven reales, en el que no existe el fracaso ni el miedo, sólo el éxito absoluto”*. No tenía nada de miedo.

Salió al campo. Una luz enceguecedora le agredió sin merced, y él se dejó tentar por ella. Levantó la mirada. Las gradas estaban rebosantes de gente y de pancartas, en algunas de las cuales pudo leer frases del tipo: “MATADOR, TE QUEREMOS; “18. HOMBRE GOL”; “MÉNDEZ MÁGICO”. De nuevo le rodeaba aquella ola, aquella marabunta interminable con la que había soñado la noche pasada. Pero no se emocionó, porque sólo pensaba en su mejor amigo, en las imágenes que le había enseñado hacía unas horas y que se había estudiado a la perfección.

Pisó el césped y sintió frío, a pesar de que la noche recogía el testigo del bochornoso y ya olvidado día. Los vio a todos, de blanco como él. Extraños rostros conocidos, extrañas efigies que ya había visto antes, quizá mientras dormía. Vio al árbitro. Era su amigo Carlos, muerto hacía siete años en un accidente de coche en la carretera que lleva de París a Nantes. *“¿Sabes lo que me gustaría de verdad, tío? Ser árbitro de fútbol profesional. ¡Con lo que ganan esos tíos, macho! ¿Y qué hacen? ¡Naaa! Poner palitos en una hoja, tronco. ¡Viven como Dios!”* Ahora estaba allí, todo vestido de negro, tal vez con su ilusión enteramente cumplida.

Se acercó decidido al minúsculo punto del centro del área, con pasos secos y duros, semejante al verdugo que camina hacia la horca. Colocó la pelota en el tapete del pavimento y observó el marcador. 91:35. 0-0. Como antes de despertar.

Sin embargo, se arredró un instante. Por fin lo había conseguido, iba a ver realizada su ambición. Y luego... qué. Una patada, y todo terminado. Acabado. Kaput. ¿Iba a permitirlo? ¿Sería capaz? Las dudas acudieron a él, inexorables. Pero se tenía que decidir. *“¿Se pueden separar el éxito y el fracaso?”*

Matador miró hacia arriba, buscando ganarle algo más de tiempo a la zozobra, escrutando el firmamento para corroborar la respuesta que ya conocía. Sin duda, aquello era el cielo madrileño; se lo demostraban la luna y las estrellas. Podía imaginarse, a lo lejos, el arbol marciano, con sus ciudades rebosantes, sus perpetuos rascacielos, sus carreteras descomunales e infinitas.

“Me gustaría ver Marte, cariño. ¿Me llevarás algún día?”

Ya casi había olvidado aquellas macilentas palabras.

- Siempre fue tu sueño, ¿verdad, Fátima? Visitar las colonias marcianas...

“Y he querido verte jugar.”

El 18 bajó la mirada. No podía demorarse. Dio tres pasos para atrás, tal y como lo había echo su ídolo africano la noche anterior. Se sabía de memoria cada gesto, lo había visto todo dentro de Toby.

“Visitar las colonias marcianas.”

Le pegó con toda su alma.

Toc.

El golpetazo en el larguero fue brutal. La portería tremaba, se convulsionaba toda dolorida, como quejándose por la agresión. El balón salió despedido por el impacto y fue a parar a la grada del fondo norte, donde un caos de brazos y cabezas pugnaba, caóticos y desahorados, por hacerse con la esfera ajedrezada. *“¡Matador, te queremos!”*, pareció escuchar de una voz infantil que gritaba, a lo lejos, tratando de animarle.

Pero era inútil porque, a pesar de todo, Fermín se sentía pletórico. Por fin había logrado realizar su sueño, aunque no supo cuál era hasta que la noche se lo confesó.

Echó a correr hacia el banquillo de los suplentes y allí la encontró, con el rostro magullado por el brutal golpetazo contra el asfalto. “*Ven conmigo.*”, le dijo. “*Siempre quisiste visitar las colonias marcianas*”

- Sabía que sería así. Pero ahora tienes un partido que terminar, Fermín. Cuando lo hagas, entonces partiremos.

La miró, y apreció algo parecido a la belleza en sus facciones sanguinolentas. A los dos segundos escuchó un timbre que le resultaba familiar, un timbre blanquinegro y penetrante, celado tras una sonrisa de marfil.

- Ya te lo había dicho, amigo mío. Para levantarse antes has de caer. Para caer antes has de levantarte. Ahora ve y acaba lo que has empezado.

Cruzó la línea de cal y volvió al terreno de juego. Nunca había sentido a la noche tan hermosa como entonces.

*Para Sergio,
que me enseñó a dominar la noche.*

CUARTA ESTACIÓN

TÁLAMO

De carne cierta y de sudor forjados,
frenéticos los tres entre manteles.
De cielo y caracolas rodeados
somos jinetes y a la vez corceles.

La pena y el dolor crucificados.
La suerte engalanada en oropeles.
Cadáveres de tálamo agotados
resucitados luego entre dinteles.

Las bocas y los labios combatientes
en una arena sucia y solitaria;
relicario de sueños indecentes.

Tres cuerpos entre gotas transparentes
que forjan, en su noche imaginaria,
cavernas circulares y serpientes.

OBRA MAESTRA⁴

“Ahora sé por qué lloráis. Pero es algo que nunca podré hacer.”

TERMINATOR 2. EL JUICIO FINAL
James Cameron, 1991

Cuando hablo con la gente me suele decir que nosotros tenemos mucha suerte porque, como no podemos sentir frío ni calor, no sudamos ni se nos congelan las orejas. Yo no sé hasta qué punto eso es una ventaja, porque en ocasiones me gustaría sentir algo distinto al deslizarse del agua por entre mis entrañas de aleación, cada vez que, cuando llueve, se filtra por algún resquicio mal soldado de mi cuerpo.

Lo bueno de los androides asesinos es que no tienen sentimientos. O al menos eso es lo que les dicen a nuestros compradores cuando acuden a los almacenes o ven en algún lugar de la ciudad un anuncio de la compañía. Es nuestro eslogan. Nuestro credo.

Me gustaría sentir lo que la pareja sentada a mi izquierda. Conocer, como ellos, el sabor de los besos y de las caricias. Parecerme a ese joven larguirucho vestido de futbolista que acaba de entrar y que masca chicle sin descanso. ¿Será frío o caliente el sudor? ¿A qué sabrán los chicles? Yo suelo mascarlos a veces, pero desconozco su sabor.

Juan Carlos Rodríguez Paz. Así es como se llama mi última víctima de hoy. Es un hombre moreno, de unos cuarenta y tantos, informático de poca monta, sin mujer ni hijos y con unos graves problemas de ludopatía. Le debe dinero a un tipo, por eso tengo que matarle. Eso sí, después de haberle amenazado, como me solicitó mi amo, para darle pie a una posible redención que le permita vivir un día más. Son curiosas las actitudes de los humanos. ¿Por qué un recurso a la salvación? ¿Por qué no un simple disparo?

Siempre se nos ha dado una imagen equivocada de los androides. La ciencia ficción, tanto en el cine como en la literatura, se ha encargado de manera constante de pintarlos a bordo de exóticos vehículos ultramodernos, fruto de la más avanzada tecnología aerodinámica y de la más poderosa imaginación. Los ha convertido en héroes románticos, forajidos intrépidos a lomos de caballos de aluminio. Pero todo esto no son más que creaciones ficticias.

Porque la realidad, en verdad, es otra. La realidad nos descubre que HK-24, como todo hijo de vecino, viaja en un autobús. Él es consciente de que dentro de este habitáculo de metal puede haber muchos otros de su especie: androides domésticos, encargados de hacer la compra y barrer la casa; androides niñera, quienes recogen a los críos de la escuela; androides manufactureros, que realizan los trabajos más ingratos, aquellos que el ser humano ya no quiere realizar. Incluso hasta pudiera haber algún que otro androide asesino, como él, los más caros de la colección, la insignia de la compañía. No me extrañaría lo más mínimo que el autobusero también fuese un ciborg, ya que OCIM es famosa por sus androides conductores. Hace poco incluso hasta ha anunciado la inminente salida al mercado de androides artistas. Dentro de unos cuantos meses será posible leer libros escritos por máquinas.

⁴ Relato aparecido por primera vez en el número 5 de la gaceta literaria Humanista Universitaria MeΦisto, bajo el título de *El creador*

La ciencia ficción también nos ha descrito sociedades en las que la convivencia entre prototipos biomecánicos inteligentes y seres orgánicos es, como mínimo, peligrosa. No se nos ha podido contar nada más falso. Hoy en día robots y humanos viven en armonía, sin tensiones, cada uno con sus objetivos y sus ambiciones: los unos, realizar las tareas que los otros no quieren realizar, bien por su peligrosidad, bien por su agobiante rutina; los otros, implementar a los primeros para que realicen estas tareas de la forma más eficaz posible. Así se crea un círculo armónico que va haciendo crecer la sociedad imparablemente. Los estados salen adelante gracias a los androides de OCIM. Los humanos, mientras tanto, se multiplican a marchas forzadas.

Estamos subiendo la avenida. Muy pronto llegaré a mi destino. Si el ordenador central no me falla, exactamente en 15 minutos 36 segundos.

La pareja de mi izquierda se bajó en la anterior parada, la de la plaza, justo enfrente de los grandes almacenes. Miro por la transparente luna del autobús. Todo lo que veo me parece artificial, aunque sé que hay muchos humanos ahí afuera.

Yo no puedo quejarme de nuestros amos orgánicos, porque a mí siempre me han tratado bien, en el sentido de que nunca me han reemplazado por otro cuando han tenido la oportunidad. Y bien que han podido, como les ha sucedido a muchos congéneres míos, cuyo destino inexorable han sido los pestilentes descampados de desguace que OCIM tiene en la periferia. Gran parte de mis hermanos los odian, los llaman despectivamente “los seres que copulan”. Pero yo creo que les necesitamos, al igual que ellos nos necesitan a nosotros. Sinceramente, no me gustaría que desaparecieran.

Si tuviera sentimientos, juro que lloraría. Lo bueno de los androides asesinos es que no tenemos sentimientos.

Si no me equivoco, ese de allí es el anuncio de la nueva máquina que la compañía sacará el mes que viene. Llevaban años trabajando en el modelo artista, y veo que al fin lo han conseguido. Lo cierto es que ha salido muy favorecido en la foto. Por sus facciones, parece casi orgánico.

¡Caray!

Aunque es sabido que todas estas cosas se retocan para que el producto sea más atractivo a ojos del comprador.

Aún me he de hacer a la idea de que tendremos un nuevo miembro en la familia. Ojalá yo fuese como él y pudiera crear cosas con mis propias manos. Pero sólo soy capaz de destruirlas, sólo valgo para matar. Tal vez esto no sea tan malo al fin y al cabo. Tal vez sea una virtud, un don que mis hacedores me han proporcionado y que me hace distinto del resto. Genuino. Quizás por ello sea poderoso. Yo lo quiero pensar así.

Es aquí.

A mi izquierda, donde antes había una pareja de humanos, hay ahora sentado un chaval jugando con una videoconsola de esas de bolsillo. No es uno de los míos. Nosotros nacemos siendo ya adultos. Sonríe, desliza con frenesí sus manitas sobre los botones del aparato. Tiene una expresión de extraña vitalidad.

Desearía sentir cosas para poder contarlas. Lo malo de los androides asesinos es que no tenemos sentimientos.

Las criaturas creadas por los técnicos de OCIM son tan reales que hasta sangran. Algunas incluso poseen la capacidad de expeler fluidos desde el interior de su cuerpo. Esto es lo que sucede, por ejemplo, con los populares androides de compañía, obedientes máquinas dispuestas a satisfacer “los deseos más lúbricos de los clientes más exigentes”, como explica el eslogan. Se pueden comprar en las múltiples tiendas que recorren la

ciudad o alquilar en cualquier club de los bajos fondos. Y no hacen distinción de sexos: bien son exuberantes señoritas, bien elegantes y fornidos caballeros. Son capaces de ejecutar actos a los que muchos humanos se niegan. Por eso tienen tanto éxito entre la población.

La sumisa y complaciente Fran era una de ellas. Nunca decía que no, nunca se cansaba. Era la hembra perfecta. En su base de datos estaban contenidas más de cincuenta mil posturas diferentes, así como millones de estrategias con las que volver loco a cualquier ser humano. Sus movimientos eran los de una profesional, casi parecía una mujer de verdad. Juan Carlos ni se enteró de que se estaba corriendo dentro de un ordenador.

Sonó la puerta. Salió de Fran, la apagó, se puso el albornoz y saltó de la cama. Mientras arrastraba sus pantuflas por el pasillo, maldijo al que había apretado el timbre en aquella hora. Dio las cuatro vueltas de llave y abrió. El sonido de los goznes le pareció el de cuatro disparos en el pecho. Lo que vio en el rellano aquella noche le llenó de angustia y miedo.

Seamos serios. Reconozcamos que los ingenieros de OCIM se superan a sí mismos día tras día. Sus creaciones son cada vez más realistas. Cuando los agentes entraron en el piso del señor Rodríguez fueron incapaces de distinguir qué sesos eran los auténticos y cuáles los fabricados en un laboratorio.

Vieron a Fran extendida en la cama, completamente desnuda, apetecible por completo. Debajo de ella, una sábana azulada salpicada de gotitas rojas. Tenía las piernas abiertas y el pelo revuelto. No se movía. Los de la policía científica comprobaron que aún había semen en su entrepierna.

Encontraron dos cuerpos ensangrentados. Uno con una pistola, el más alto, de medio lado y junto la cama. El otro dentro de un albornoz, bocabajo. Tenía las piernas en la habitación y el torso en el pasillo. Ambos con disparos en la cabeza, de los que nacían dos opacos charcos granates que se terminaban haciendo uno cerca de una de las esquinas.

La policía no tenía dudas al respecto: se trataba de una orgía que había acabado como el rosario de la aurora. Seguramente hubiera alcohol y drogas duras de por medio y probablemente uno de esos robots de compañía tan populares. Ni siquiera se dieron cuenta del rombo tatuado en la muñeca que exhibía uno de los cadáveres. Un rombo de color rosa, lema de una famosa compañía de biorganismos informatizados.

No creo que los vecinos hayan oído el disparo, no me gustaría montar un cisco innecesario. De todos modos, cuando llegue a casa, tengo que limpiar la pistola.

La verdad es que ha sido fácil. No me esperaba que mi objetivo se derrumbara tan pronto. Imaginaba que tendría más aprecio por su vida y que me suplicaría durante un rato, de rodillas y lloroso, que no lo matara. Pero nada más verme se imaginó cuál iba a ser su destino. Ni siquiera me hizo falta amenazarle. Esperó el disparo con una serenidad horripilante.

Y se lo agradezco de veras. Le agradezco al señor Rodríguez que no montase una escena que únicamente serviría para aumentar su angustia y hacerme perder el tiempo. Sólo dispongo de tres horas antes de que mi núcleo de cognición se descargue por completo y no es conveniente que las misiones se dilaten sin sentido. Por suerte, es el último del día.

Aunque me pregunto qué le habrá impulsado a actuar así no me ha dado ninguna lástima su ingenuidad. Mis programadores me implantaron un núcleo de mando lo suficientemente potente como para no sentir nada, porque cuando uno siente

algo entonces empatiza con el otro. Es lo bueno de nosotros, los androides asesinos: que no tenemos sentimientos. Cuando uno entra en la rutina, todo le resulta ordinario. Incluso piensa que acabar con un ser humano es contribuir a la estabilidad demográfica.

Entró en el lavabo aún sin guardar la pistola. La dejó sobre el inodoro y se lavó las manos con agua caliente, para ver si podía sacarse las gotas de sangre incrustada. A pesar de que el líquido echaba humo, no sintió nada, porque no necesitaba sentir nada. Eso lo tuvieron muy en cuenta los hombres que lo fabricaron.

Salió de la sala y se dirigió hacia la entrada para contemplar su creación. En el suelo, bocabajo, entre el dormitorio y el pasillo, tal y como se había desplomado, yacía el señor Rodríguez, ejecutando un escorzo sobrenatural, con un torrente granate manando de entre su cabello. La sangre aún no había teñido el suelo y pudo pasar sin problemas al interior del cuarto, donde hacía unos instantes el cuerpo que ahora estaba muerto había logrado tocar a Dios. No le daba asco la escena, no sentía nada. Era lo bueno que tenían los androides asesinos.

Fijó la vista en el lugar donde su víctima se había arrodillado hacía unos instantes, de espaldas a la pistola, con la nuca reposando en su cañón, consciente de cuál había de ser su destino. Él, que tanto había alabado el progreso, se encontraba ahora a merced de una de esas máquinas cuya creación con tanta fuerza había defendido. Era una paradoja macabra, pero también lo socialmente asumido. Era el progreso sobrepasándole.

Luego la vio a ella. Estaba sobre la cama, toda desnuda, ufana de sus encantos perfectos. Era hermosa, de una belleza exultante. No había un solo vello en todo su cuerpo rosáceo, ni siquiera en sus órganos sexuales, aún húmedos por la saliva, que a los ojos de HK resultaban sumamente apetitosos. Parecía una manzana recién caída del árbol. Una Diana de silicio.

Guardó el arma en la funda del cinturón. Se subió a la cama y extendió su vigoroso cuerpo junto a Fran. No podía imaginar que semejante belleza fuese artificial. Ni que la hubiese podido crear el mismo ser que lo creó a él, uno como el que yacía en el suelo, ahora inerte. Ella regalaba vida y él la proscibía. Lo negro y lo blanco, el ying y el yang, fruto de una misma mente.

Acarició su cabeza, de cabello brillante y espumoso. Ella abrió los ojos y le sonrió, con una mirada que le hizo desear sentir remordimientos por el asesinato. Lo malo de los androides asesinos es que no tienen sentimientos.

El pistolero se asustó cuando percibió cómo se tumbaba sobre él. Como fue apagada de repente, su memoria aún no había sido reseteada y por eso para ella el hombre que tenía debajo seguía siendo su dueño. HK la notó en su plenitud. Notó sus anchas caderas alrededor, sus pechos abundantes bamboleándose delante de su rostro, su aroma a lujuria, sus jadeos enigmáticos. Quiso sentir algo, pero no pudo. Su núcleo de memoria se lo impedía.

Mientras Fran terminaba su cometido HK miró a su izquierda, hacia el umbral, donde se encontraba su obra maestra recién nacida. Descubrió que hacía unos minutos, justo antes de que él llamara a la puerta, ese cadáver estaba en el mismo lugar en el que él se encontraba ahora, pero estaba vivo. Y en medio de la vorágine de la carne comprendió que la capacidad de crear y la de destruir tienen un mismo origen.

Levantó la vista hacia adelante. El cabello de Fran le tapaba los poderosos ojos verdes. Al rato, aquella mujer artificial se dio la vuelta sobre su eje, de manera que sus preciosas nalgas quedaron delante de los ojos del sicario. Luego se extendió sobre él y continuó con los sensuales movimientos que le dictaba su software, subiendo y bajando, subiendo y bajando. En una de sus contorsiones salvajes, número 24 pudo ver

fugazmente su expresión. Y fue cuando lo supo. Supo que ella, aunque era como él, realmente no lo era.

Entonces fue cuando reventó.

Pero antes, dejó que aquel robot hermoso terminase su inútil trabajo: vio cómo un líquido transparente estallaba desde su entrepierna y cómo todos sus apetecibles músculos se relajaban sobre él, encogiéndose poco a poco, exhaustos por el ejercicio continuado. La inteligencia artificial había obrado un milagro.

Se la quitó de encima con cuidado y la puso boca arriba, sobre la cama. Ya no se movía. Era un armatoste flácido y pesado con extremidades que caían a plomo sobre las sábanas azuladas. Aunque los ingenieros de OCIM habían logrado reproducir perfectamente la respiración humana en todas sus criaturas, ésta ya ni siquiera daba muestras de ello. Era como si su batería se hubiese terminado de pronto. O quizás todo estuviera programado en su núcleo de memoria. Al fin y al cabo, sólo era informática.

Sacó la pistola de la funda y se la colocó en la sien. Por fortuna, no iba a sentir nada. Los ingenieros de OCIM eran sabios. Habían pensado en todo.

Liberó el seguro. Antes de apretar el gatillo volvió a mirar el cuerpo desnudo de la cama. Aun apagada, aquella máquina irradiaba una sensualidad que habría puesto cachondas hasta las piedras. Menos a él. A él, no. Lo malo de los androides asesinos es que no tienen sentimientos.

La pólvora saltarina que ensucia las manos de un robot que quiere llorar. El plomo ardiente que perfora como una centella toneladas de microchips. El líquido granate que tiñe el pavimento y se lleva consigo la esperanza.

Nada más.

Lo había conseguido. Había logrado hacer lo que tanto deseaba. Al igual que el nuevo modelo de OCIM, él, un simple asesino, una máquina de maldad y muerte, había logrado crear cosas con sus propias manos. Y lo mejor de todo es que ni siquiera se había inmutado. Lo bueno de los androides asesinos es que no tienen sentimientos.

*Para Luz,
mi faro en los momentos de niebla*

QUINTA ESTACIÓN

DIAMANTE

*“Ella me dio las llaves de la ciudad prohibida.
Yo todo lo que tengo, que es nada, se lo di.”
(J. Sabina. “Tan joven y tan viejo”)*

Diamante que anochece en la luna
huyendo frágil de aquel dios amargo,
resurge donde habite mi letargo
y exíliame en tus pechos de aceituna.

Candente colombina que me acuna
y que encierra reproches sin embargo,
desvérame de este sentir tan largo
sin rastro de dolor, sin carne alguna.

¿De quién serás mañana, ardiente diosa?
¿De quién serás? Te espero victoriosa
en las perpetuas cimas del ocaso.

Después de ti sólo obtendré el fracaso.
La odiada noche que te trajo ansiosa
se perderá en los sueños que acompaso.

APEADERO DE HAIKUS

I

Inmarcesibles.
Somos dos amapolas
entre lo oscuro

II

Seres de espacio.
Arlequines desnudos
ebrios de alcoba.

III

Mil besos lúgubres.
Recorreré tus muslos:
reino de sombras.

IV

Labios de espuma:
Polichinelas de oro
resucitadas.

V

Nazco en tus ojos.
Colombinas ardientes
de redención.

VI

Mañana triste.
Galápagos desiertos
en tus caderas.

VII

Surge la luna.
Tus párpados de arena
muertos en sal.

VIII

Dioses paganos.
Victoriosa Belona
ciega en manteles.

IX

Muerte en cristales.
Quizás nunca crucemos
la meta oscura.

X

Décimo aroma.
Lo olvidaremos todo
tras esta puerta.

XI

Abrazo triste.
Somos dos cielos rotos
hartos de estrellas.

XII

Besos de angustia.
Recógeme en tus pasos
sobrecogidos.

EL SERVENTESIO DEL COCODRILO (Relato sin la letra A)

De todos los infiernos que he recorrido, el que menos me dolió fue el que respiré entre tus pechos. Puede ser que convertir en versos tus ojos infinitos me hiciese reprimir estos instintos de león, pero no me fue posible estremecerme de otro modo. Entre tus pezones erguidos me sentí como en el cielo.

El comienzo del otoño recitó con débil voz de rubí esos tristes sonetos que yo te compuse en medio de los primeros edificios, envuelto por el humo de los coches cobrizos. Fue todo un espejismo. Si tu deseo es que te envíe por correo todos mis huesos sin recuerdos, testigos de un invierno moribundo, entonces no me presiones con tus suspiros sin horizonte. Quiero ser tuyo, ¿entiendes? Tuyo y entero, como lo son esos pinos sinceros llenos de nieve que resisten los insultos de mil tigres eléctricos. Sí, tuyo y mío. Heredero de múltiples nichos.

¿Viste en el crepúsculo de tu mente los nidos de los escorpiones? Se los llevó el viento el lunes, temeroso de que surgieses entre recovecos de pulmones ennegrecidos por el tiempo. Los millones de besos que te di bebiendo en hierros de bronce se volvieron murmullos el domingo, y no consiguieron que mis tenedores, verdes por los cojines del Olimpo, se hiciesen reyes de tu vientre.

¡Qué tímido el teléfono entre los sonidos de los búhos! Siempre supe que mis dedos fueron sinceros contigo, cielo mío. De hecho, en este momento entiendo que no forjes serpientes en tu ombligo, puesto que descubres lo mismo que yo, moribundo entre mil gritos.

No quiero despedirme de ti, mi bien, sin decirte que este Edén que me construiste en cinco meses quedó cojo entre tu pubis y mis hombros, y que otro viernes, repletos de ilusión y bisturíes, quinientos espejos de leche me devolvieron tu escote soñoliento. Me dijeron que morir supone conocer un universo oculto de color gris, pero yo no me fio. No creo en tu nombre rojo sobre los cóndores, superior e irredento, curtido en multitud de ceniceros silenciosos.

He de irme. Me volveré cumbre y dormiré.

*Para Borja,
demiurgo Mephistophélico.*

BATALLA CAMPAL⁵

Me sequé el sudor de la frente y continué la lucha. Presentía que la batalla iba a ser larga, pues ninguno de los dos nos íbamos a dar pronto por vencidos. Me arremangué por partida doble y me puse manos a la obra. Sólo podía confiar en mis dedos desnudos y en la fuerza de mis músculos.

Tiré. Tiré con todas mis fuerzas. Fue en vano. Mi enemigo permanecía inmóvil, sin siquiera un rasguño, sin una herida que presagiase mi victoria, allí, delante de mí, mofándose de mis infructuosos intentos de hacer mella en su débil cuerpo. Sí. Podía apreciar su risa socarrona, típica del que sabe sobrado por la vida.

Pero lo que él ignoraba en medio de la vanidad era que yo conocía a la perfección cuál era su punto débil. Y por eso decidí cambiar mi estrategia y centrar toda mi potencia en el flanco por el que yo sabía que en algún momento podría claudicar. Volví a tirar, y en esta ocasión, por fin, logré hacer mella. Una sonrisa de triunfo tiñó mis labios resecos.

Aparté los dedos y la vi: una pequeña fisura, inusitado precursor de victoria, apareció ante mis ojos. Espoleado por la cercanía del objetivo continué tirando, tirando, tirando con todas mis ansias, hasta que por fin logré fragmentar por completo su retaguardia, poco a poco, muy despacito, como se ganan las guerras.

Extenuado, apoyé los brazos sobre la mesa y, jadeante, observé a mi enemigo derrotado. Todo mi ser bulló de satisfacción en aquel momento. Mi oponente, aunque continuaba inmóvil, ya no se reía de mis esfuerzos.

Y es que lo había conseguido. A pesar de los obstáculos que colmaron mi camino, a pesar de las horas de sed y de hambre, a pesar de todo finalmente lo había conseguido.

Había logrado abrir un cartón de leche sin ayuda de las tijeras.

*Para Ignacio Pajón,
que me ayudó a terminar este viaje.*

⁵ Relato aparecido por primera vez en el número 6 de la gaceta literaria humanista universitaria MeΦisto.

SEXTA ESTACIÓN

MESÍAS

Desciendo por las calles ya vacías
cuando la noche hiere en su balada.
Nace en el triste asfalto una cascada
mientras acuno al rey de los tranvías.

Tras las ventanas secas sinfonías
coronan con dolor la madrugada.
Yo espero en esta acera abandonada
el autobús donde vendrá el Mesías.

Mañana el sol me dará tus fronteras,
y en ellas se aprestará mi tortura.
En los estadios buscaré tus hombros.

Rascacielos donde sólo hay escombros
levantará radiantes tu cintura.
Me anhelarás pastor en tus praderas.

¡ARRIBA LAS MANOS!

- ¡Arriba las manos!

Miró secamente, como lo había visto hacer en los westerns de los sábados por la tarde. No le gustó lo que le contaba el espejo.

- **¡ARRIBA LAS MANOS!**

Esta vez lo gritó, y su timbre, vibrante y poderoso, resonó por todo el diminuto cuarto de baño. Volvió a poner su tan ensayada mirada de forajido. Ahora le gustó más.

Se agachó y se ató los cordones de las botas de tacos, pensativo. Nunca antes había hecho nada parecido, por lo que no sabía cómo iba a resultar. Deseaba que saliera bien, aunque era consciente de que también podría, quizás, terminar haciendo crucigramas tras unos barrotos de metal. Tenía miedo y por eso ensayaba frente al espejo. Nunca antes había estado tan asustado.

Se irguió y volvió a verse en el cristal reflectante. Su rostro, rosáceo y ajado, no era el de una persona joven. Cogió un peine y se peinó, pero no pudo evitar que acudiera a su mente la imagen que tanto adoraba. Mientras alisaba su cabello negro fue repasando punto por punto todas las fases del plan, como el mayor Reisman ante aquellos pobres doce hombres sucios. No podía fallar nada. Todo tenía que estar perfectamente atado. Si no, iba a hartarse de hacer crucigramas.

Terminó de peinarse y cogió el frasco de colonia. “*Si vas a hacer algo horrible, por lo menos hazlo con clase*”, se dijo. Apretó el dosificador varias veces y dejó que el líquido aromático recorriera su cuello como un río sin rumbo. Cerró los ojos y se dejó invadir por el perfume. Pensó en afeitarse pero al final decidió que no, que así estaba mejor, que la barba de seis días daría más severidad a su expresión. “*Como los vaqueros de la sobremesa*”, pensó.

Salió del baño y se dirigió hasta su habitación. La tenía encima de la cama. Una Walther PPK brillante y seminueva, que le permitiría la tan adorada unión con su diosa. Y volvió a pensar en ella, en sus ojos de luciérnaga, en su pelo carmesí. Cogió el arma y se la metió entre los pantalones, por la parte de atrás. Antes de hacerlo, comprobó que estuviera el seguro echado. Se ató el cordón que le rodeaba la cintura y luego se miró en el espejo de la pared.

La verdad es que el traje era de lo más completo. Además, le quedaba como un guante. Era la talla perfecta, el color perfecto, la textura perfecta. Tenía hasta su juego de tarjetas de colores, rojas y amarillas; y varias además, por si llegaba a perderse alguna. Lo había comprado por Internet, de segunda mano, a un tipo que se había retirado de la profesión, cansado de los insultos y las vejaciones de cada domingo. “*Que Dios le ayude, buen hombre*” fue lo que le dijo, apenado, cuando confesó que quería comprarle la equipación completa: camiseta, medias y pantalones. “*A ver si duras más que yo.*” Una compra excelente. Su sueldo de todo un mes.

- **¡¡ARRIBA LAS MANOS, CAGÜEN LAPUTA!!**

Sí señor, tenía que funcionar, seguro que funcionaría. No le faltaba de nada: un tono atemorizante, una mirada dura, una pistola eficaz, una expresión severa. Hasta contaba con el fundamental efecto sorpresa para dejar a su auditorio admirado e impedir así la posible reacción hostil. El espejo le devolvió la sonrisa de triunfo. Francamente, había sido una excelente idea vestirse de árbitro para cometer el atraco.

Le encantaba comer pipas mientras la miraba. Sentado en el banco, con el maletín al lado y los dedos llenos de sal, la lujuria bailaba en sus ojos al verla dar vueltas, frenética, dentro de aquel habitáculo de metacrilato.

Madrid acababa de amanecer. Cascadas humanas se precipitaban hacia el subsuelo, dejando a su paso el cotidiano aroma a hastío y rutina. El desayuno del metro. Seguramente, como todos los días, cogería una indigestión.

Él no. Él no tenía pensado seguir el camino de sus semejantes, a pesar de ser ese su destino. Era consciente del riesgo que corría, pero los dientes de su amada le mantenían encadenado a la madera.

- ¿Has visto al tío ese?

- ¿A quién?

- Al tío ese, el del banco. Ese de las pipas.

Se paseaba por las hileras de acuarios. Llevaba una bolsa de plástico en la mano. Tres pececitos de colores nadaban a duras penas dentro de la exigua superficie transparente.

- Sí. Ya estaba allí cuando he entrado.

- Bueno, pues todos los días igual. Llega aquí un rato antes de abrir y se va justo cuando cierro. Empiezo a estar un poco hasta la polla, ¿sabes?

- Llama a la poli. Verás que pronto se va.

Se agachó para acariciar a la perra, que estaba tumbada en una esquina de la jaula, mientras Carlos le elegía los peces tropicales que había ido a comprar. Al notar unas manos nuevas sobre su lomo, el animal se estremeció, y movió la cola remolonomamente. En el fondo de sus ojos percibió un resplandor opaco, melancólico. Cuca ladró, exultante de poesía.

- Tienes a la perra hecha una mierda, Charly, mírala... Tiene unas ganas de salir de ahí que lo flipas.

- Sí, tío. A ver si la vendo de una puta vez. ¿Quieres escalares?

- No. Se me mueren muy rápido. Lo que sí que me vas a poner son unos cuantos neones. Le dan color al acuario. Y a Almudena le gustan mucho.

Sujetaba la bolsa con la mano derecha y la paleta con la izquierda. Iba eligiendo los peces exóticos como si fueran chucherías. Un regaliz, una gominola, una bola de caramelo. Miró por el cristal y vio al hombre del banco. No dejaba de comer pipas y de mirar fijamente a Cuca. Le dio un mordisco salvaje al chicle que estaba mascando y se encaminó al mostrador, sin apartar la vista de la luna transparente.

- Mírale qué gilipollas. ¡Joder! ¿Es que ese tío no duerme nunca? ¡Me cago en la leche!

- ¿Por qué te jode, tío? Mientras esté ahí sentado no es peligroso. Otra cosa es que te entre en la tienda y te amenace de muerte o algo así. Pero mientras esté en el banco... por mí como si se intoxica ahí mismo y se muere.

Dejó la bolsa en el mostrador. Los pececitos multicolor seguían nadando dentro del agua tibia, colisionando entre ellos sin querer, rebotando en los extraños muros de su improvisada pecera de plástico. Pequeños coches de choque con aletas.

- Pero, a ver... ¿tú crees que ese tío está bien de la cabeza? ¡Venga, coño, Luis! Tiene pinta de yupi estresado. Fijo que es un perturbado de esos que se la pelan con fotos de niños en bolas.

Cuca daba saltitos, girando sobre sí misma, toda palpitante, con la lengua fuera y los ojos repletos de esperanza y remisión. Las cáscaras de pipa no dejaban de caer sobre el asfalto, como gotas de una clépsidra infinita.

- Deja a la perra, joder, que la vas a marear. ¿Quieres comida?

- Dame dos botes, que el que tengo está casi vacío. ¿Piensas venderla algún día? La tienes aquí desde que abriste la tienda el año pasado.

- Espero. Si no, me la tendré que quedar yo. ¡A ver, no hay otra! –le hizo un nudo a la bolsa - Lo que no puedo es dejar que se muera de asco ahí dentro el animal.

Introdujo los peces y la comida dentro de una bolsa blanca con el nombre de la tienda impreso en letras amarillas. Sacó una calculadora de debajo del mostrador e hizo la suma. Las matemáticas nunca se le habían dado bien.

- Son siete con treinta. ¡Joder, pero si es una perra preciosa! ¿Cómo es que nadie la quiere?

- Será que la has puesto muy cara. Bájale el precio, verás como alguien se la lleva. ¿Tienes cambio de diez?

El hombre del traje negro se sacudió los pantalones y se levantó. Acto seguido, arrugó la bolsa de pipas y se la metió en el bolsillo, mecánicamente. Luego, cogió la maleta con la mano derecha y se marchó.

- ¡Anda mira, se ha ido! Si vuelve a aparecer por aquí llamo a la poli. Que se joda. ¡Puto lunático de los cojones!

Le dio los dos con setenta y se despidió.

Algún día serás mía, lo juro. No dejaré que nadie se te me lleve, amor mío. Antes, lo mataría.

La sal le abrasaba la lengua, mas no le importaba. Su cerebro estaba demasiado ocupado maquinando el modo de conseguirlo como para reparar en sensaciones físicas. Le habían cesado por llegar tarde al trabajo durante quince días seguidos y ahora no tenía ingresos. Ahora todo era más fácil: no tenía nada que perder.

Serás para mí aunque tenga que matar. Sería capaz de provocar una masacre, cariño mío. Sólo mía y de nadie más.

Esa misma noche fue cuando leyó el anuncio en el periódico. Y antes de cerrar los ojos, cuando tuvo la idea definitiva.

- ¡Arriba las manos!

La pistola le temblaba entre los dedos. En cualquier momento, una bala podía escaparse del cargador y mandar a alguien al otro barrio, y él no quería eso. Únicamente si era estrictamente necesario, pero nada más. Por eso la sujetó con todas sus fuerzas y mantuvo el seguro bien amarrado.

- ¡¡ARRIBA LAS MANOS, CAGÜEN LAPUTA!!

Necesitaba beber. Casi no pudo terminar de pronunciar la frase de lo seca que tenía la garganta. Estuvo a punto de pedirles algo de agua a los allí presentes, que lo miraban con ojos de asombro, estupefactos, pero no le pareció procedente. Debía demorarse lo menos posible si no quería que la policía le cogiera en plena faena. Además, quería reunirse con su amada cuanto antes. Quizá estuviera en peligro.

Encañonó a la chica que estaba tras el mostrador de los pagos y dio dos pasos hacia allí. Los tacos resonaron sobre el pavimento enlosado, como relucientes canicas de aluminio. Tres señoras mayores que hacían cola se persignaron y comenzaron a rezar en voz baja. Lo pudo comprobar a través de sus gigantescas gafas de sol. Nadie podía apartarle la mirada. A su alrededor apreció extrañeza y miedo.

- ¡Vamos, abre los cajeros que te reviento, puta! ¡¿Me entiendes?! ¡TE REVIENTO!

Notó cómo el sudor descendía por su frente, pero no se lo podía enjugar. Tenía que sostener la Walther con ambas manos si no quería que todo se fuera al garete; eso también formaba parte del plan. No paraba de pensar en las cabriolas de Cuca, en las pipas cayendo sobre la cochambrosa acera, en los ladridos soñados. Tal vez eso fuese lo que le daba el coraje necesario para seguir adelante con todo aquel sinsentido.

No vio cómo una mano procaz apretaba el botón de alarma, ocultamente, mientras él vigilaba a la muchacha. El escudo de la federación de fútbol, resplandeciendo, fijo sobre su negro pecho.

Todos los allí presentes permanecieron inmóviles, asombrados ante el absurdo que estaban presenciando. Una voz osada exclamó, irreverente:

- ¿Y ahora qué? ¿Nos vas a sacar la roja a todos?

Y se reía.

- ¡Penalti y expulsión, árbitro!

Y se volvía a reír.

No hizo caso a las provocaciones. Gotas de sudor caían al suelo, plumizas y abrasantes, como cáscaras de pipas repletas de sal. Tenía miedo, mucho miedo. Presentía que no iba a salir bien.

- ¡Dame el dinero ya, vamos! ¡Si no te reviento viva, pedazo de mierda! –las gafas se le resbalaban por la nariz- ¡Y que nadie haga ninguna tontería, ¿eh?! ¡No quiero tonterías que si no me cagüen la leche!

Mientras la mujer salía del mostrador y se encaminaba hacia el cajero, él escrutó, a través de los cristales oscuros, las caras que se le mostraban al rededor. Vio muchas asustadas y unas pocas de asombro. Otras esbozaban una leve sonrisa, convencidas de que todo aquello no era más que una farsa, una simple broma que pronto llegaría a su fin. Quizás una de esas que se hacen con cámara oculta y que en pocos días seguro verían en la tele. Lo grabarían, se lo enseñarían a su gente y se descojonarían juntos.

“Fijo que el de recursos humanos es el gancho.”

Sintió lástima, y por un momento, odio. Tuvo el deseo de liberar a uno o dos rehenes. Sin embargo, algo en su interior le dijo que era mejor no hacerlo, que cuanto antes saliera de aquella sucursal, mejor. Y que más le valía calmarse y dejar de pegar voces como un loco. Eran las doce del mediodía y la tienda echaba el cierre a la una.

Nunca antes en su vida había corrido de esa manera. Los tacos de aluminio restallaban intermitentes bajo el pavimento gris. Hacía tiempo que había perdido las gafas de sol, allá atrás, al doblar la primera esquina. Chorreaba como un pollo. Una clépsidra infinita.

Escuchó a los coches patrulla aullando a sus espaldas y presintió que cada vez estaba más cercana la derrota. Los billetes saltaban, despendolados, de sus bolsillos rebosantes, desperdigándose por la acera. Parecían miguitas de pan que indicaran el camino de vuelta a casa.

Veía cómo los transeúntes se iban apartando ante la exhalación negra en la que se había transformado, dejándole el camino libre y la esperanza diáfana. Todos se lanzaban contra la pared, apretujándose tensamente: niños de la mano de sus padres, ancianitos paseando sus mascotas, escolares cargados con mochilas, enamorados abrazados entre sí. El solamente corría. En sus pies, una taquicardia de aluminio. Detrás, las incansables sirenas.

Dobló por el callejón y cruzó la calzada. Iba esquivando los coches, ahora frenando, ahora acelerando, ahora contorsionándose sincopadamente, como si su vida dependiera únicamente de llegar al otro lado. Puso los pies en las ennegrecidas losas de la acera de enfrente y se detuvo a escuchar. No oyó nada. Las sirenas habían enmudecido. Le pareció incluso haber pisado una cagada durante su huida.

Apoyó el brazo derecho en un muro manchado con violentos trazos multicolores y cogió resuello durante un largo rato. Gotas negras salpicaban el pavimento. Cuando retiró la mano de la pared apareció súbitamente en su lugar la silueta húmeda de una palma y cinco dedos. Se apoyó en las rodillas, inclinado, y trató de coger aire. No se

escuchaba un alma. Eso le extrañó. Era como si el tiempo se hubiese detenido, como si hubiese penetrado en otra realidad.

Echó a andar, tranquilamente, con la tela negra adherida a su carne. El trino de los pájaros se escuchaba, nítido y claro, por encima del crujido de las hojas, allá arriba, en la copa de los chopos. Sonido de canicas en sus pies. Ya estaba más tranquilo, relajado. Le producía rabia el no haber podido disparar un solo tiro. ¿Para qué se había comprado entonces la automática? No reflexionó sobre ello. Lo único que habitaba su cabeza eran las sinuosas caderas de Cuca.

Observó a su alrededor y probó el desasosiego. Todas, absolutamente todas las rejas de los comercios estaban echadas. Y los que carecían de ellas lucían tras los amplios cristales osados rótulos con la palabra *CERRADO*. Vio cerrojos en las puertas. Algo sucedía, algo que escapaba a toda lógica. Al menos a la suya. Aún era de día. Miró el reloj. La una menos cuarto. No circulaba nadie por la calle, ni siquiera los autobuses cotidianos. Coches inmóviles flanqueaban la calzada, como estatuas horizontales de mil colores distintos.

Continuó deambulando por aquella zona solitaria, sin rumbo alguno, dejándose arrastrar por los intermitentes tacos cantarines. Las cáscaras saladas caen al suelo y entrechocan. Gotas de una clépsidra infinita.

De pronto oyó un ruido ajeno al colisionar del aluminio y al cantar de las aves: el ladrido joven de un perro. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, y le hizo detenerse, sobrecogido, en mitad de su caminata. Aquel sonido le era familiar: lo había soñado muchas veces. Quiso prestar atención por si volvía a surgir. Y así fue: por los muros sucios y abandonados de aquel misterioso barrio volvió a reverberar un ladrido, agudo y vigoroso, como el hacía unos instantes.

Siguió adelante, invadido por un mixto de temor, recelo y esperanza. Al girar en la frutería los vio, ella delante de él, tirando de una correa. Fue como encontrar una rosa en mitad del desierto. Reconoció las cabriolas, los andares, los dientes recién nacidos. Volvió a escuchar los ladridos soñados. Había llegado tarde. Ya era de otro.

Extrajo la pistola de los pantalones y quitó el seguro. Las lágrimas le nublaban la visión. Trató de cuadrar el objetivo, pero las imágenes le aparecieron borrosas en los ojos. Sintió un amor profundo por lo que tenía entre sus manos y se descubrió poderoso: un rey entre los demás reyes; un asesino entre los asesinos. James Bond con botas de tacos. Ozymandias vestido de negro.

De repente, las paredes repitieron el eco sordo de un estallido. Aleteo de aves. Vio caer el cuerpo sobre la acera, a plomo, a través de la capa acuosa que bañaba sus ojos y el humo que surgía del cañón de la pistola, mientras que aquel indefenso animal echaba a correr caóticamente, aterrorizado, arrastrando la correa que hasta hace un instante sujetaba su dueño. La pistola le quemaba entre los dedos, humeante. La lanzó detrás del muro y se acercó al cuerpo exangüe. El tiro había sido seco: un disparo en la espalda sin orificio de salida que le había cercenado la médula espinal. Se agachó y vio salir la sangre de aquella minúscula oquedad. Pensó que ese cabrón de mierda se lo merecía, porque ella era suya, suya y de nadie más; sus ladridos le pertenecían por derecho. No había duda: tarjeta roja clara. Penalti y expulsión a la hora del aperitivo.

Oyó el ruido de motores atravesando la calle. Vio transeúntes pasar. A lo lejos, el aullido de una sirena azul. Supo que el final del partido había llegado. Se alzó y dejó que el reguero de sangre entrase por la alcantarilla.

6 letras: Afeminado. Escribió en mayúsculas un S A R A S A de color azul en los recuadros de la página veintiocho. No le gustaban los crucigramas que traían las revistas del corazón, eran demasiado fáciles para él. Siempre pensó que estaban hechos

para marujas ignorantes y por eso los detestaba. Pero en la cárcel tampoco es que tuvieras mucho para elegir. Aquello era lo menos parecido a un autoservicio que te podías imaginar. Te daban lo que había y punto. No tenías más remedio que aguantarte.

Con la comida pasaba algo parecido. Aunque parezca imposible, las patatas fritas pueden saber a pescado frito y el pescado frito a pollo asado. La cocina de la cárcel era el mundo al revés, una ruleta rusa de alimentos a la que día tras día se veía obligado a jugar. De hecho, llegó a adelgazar tres kilos las dos primeras semanas de reclusión. Ni su propio hermano lo pudo reconocer cuando fue a visitarle por vez primera y lo vio aparecer tras la luna transparente de la sala de visitas.

La que también lo visitaba a menudo era la perra abandonada que vivía en el callejón cercano al muro norte del penal. Aunque ella sí que lo reconocía, tuviese barba o no, con peso de más o de menos. Se acercaba a la verja del patio todas las mañanas a la hora del recreo, colocándose a su lado, haciéndole compañía mientras se fumaba el imprescindible cigarrillo de las once y media. Él la recompensaba otorgándole un trozo de pan seco que le había sobrado de la cena de la noche anterior, a veces incluso un poco de carne. Sentía por ese animal una extraña devoción, como una veneración casi arcana. No sabía por qué pero le parecía como si ya hubiera visto antes esos ojos, como si ya antes le hubiese hipnotizado ese movimiento de caderas tan atrayente. Por momentos esa criatura le recordaba a aquella otra fruto de su desgracia, a pesar de que había tratado por todos los medios de expulsarla de su cabeza, en un intento desesperado por hacer añicos el pasado, pero que en el fondo seguía amando.

Por eso todas las noches, antes de meterse en el catre, se preguntaba qué suerte habría podido correr su adorada Cuca, en qué alfombra dormiría sus noches y sobre qué césped expulsaría sus heces. No quería imaginar, a pesar de que lo sabía, que aquel perro al que tan gentilmente solía alimentar todas las mañanas era la razón por la cual él, en ese mismo instante, estaba escribiendo palabras caprichosas dentro de una manoseada cuadrícula de papel cuché.

SÉPTIMA ESTACIÓN

MORTAL

Nafragando sangrante en tus rodillas,
muriendo en capiteles soñadores,
afilando de rojo tus albores,
compartiendo amargura en mis mejillas.

Coleccionando hermosas pesadillas,
perviviendo mortal en resplandores,
menoscabando frutos mordedores,
escribiendo podridas redondillas.

Imitando a vampiresas remotas,
sintiendo amaneceres doloridos,
alimentando cárdenas mascotas.

Leyendo pentagramas malheridos,
arrinconando carreteras rotas,
creyendo en dioses blancos y abatidos.

HACIA LAS SOMBRAS⁶

“Y me adentro en las sombras sin queja alguna”

Vigilantes. Libro X

Clavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, justamente en el mismo lugar en el que mi compañero ha caído. Me pongo en pie y huelo el líquido espeso que acabo de tocar. No hay duda: es sangre. Dos está acabado. Cualquier atisbo de vida que pudiera haber en su interior sin duda se ha esfumado. Esa maldita cosa se ha encargado de ello.

Miro hacia arriba. La luna argéntea ilumina las ruinas de lo que antes era una poderosa capital, ahora reducida a escombros por causa de la interminable guerra. Estoy yo sólo en medio de la nada. En el anterior puesto de mando perdimos a otro de los nuestros, abatido por uno de esos asquerosos seres que nos tienen cercados. Maldita sea.

Sé cuál es la situación. Soy el único que sobrevive para sacar adelante esto; no queda otra. No hay nadie más que pueda ayudarme en mi empresa, a pesar de que antes éramos cuatro. Cuatro contra un millón. Y ahora únicamente uno.

La meta está cercana, detrás de ese descampado. Pero para llegar a ella he de vérmelas con mi destino. Parece mentira. Yo, el más fuerte de mi clan, siempre ignaro en el miedo, ahora, aquí, en la soledad del holocausto, por fin conozco el significado de esa palabra.

Respiro hondo. He de continuar avanzando. Exploro la pistola que mis robustas manos sostienen. Me la proporcionaron allá, en Ciudad Alfa, al comenzar la misión, antes de que cayeran Omega y Landa. Aún me queda munición, aunque no sé si será suficiente. Esperemos que el agua no haya perjudicado el mecanismo del arma.

Doy un paso al frente y abro mis oídos al máximo. No se escucha nada. Solamente el colisionar de las últimas gotas sobre la piedra. Todas las fibras de mi cuerpo están listas para saltar como un predador sobre su presa cuando perciba el más mínimo crujido. Sigo hacia adelante, ocultándome entre los enormes trozos de edificios, desprendidos de las alturas a causa de las descomunales explosiones. Me parecen túmulos que celan toda esperanza humana. Al fondo, al este, veo lo que parece una iglesia. He de llegar a ella sea como sea. Calculo que desde mi posición hasta la suya puede haber unos quinientos metros. Eso para mí es papilla. Sonrío, porque soy capaz de recorrerlos en menos de diez segundos. El problema es otro y procede de otro planeta.

Vamos allá.

Avanzo unos metros y entonces lo escucho. Un gruñido inconfundible que penetra en mi ánimo como un cuchillo en el pan de molde. Me temo que ya están aquí. Trato de esconderme detrás del escombros más cercano que aprecian mis ojos. Agazapado, recargo la pistola de megaprotónes y al poco rato asomo medio cuerpo para enfocar bien el tiro. Entonces es cuando los veo a ellos y ellos me ven a mí.

Por fortuna nada más que son seis. El más lejano está en la puerta de la iglesia, a mi norte, haciendo guardia. Los otros cinco se encuentran dispersos a lo largo de toda la explanada, aunque entre ellos y yo hay múltiples obstáculos que me impiden apreciar sus movimientos con claridad. Pero aun así tengo ventaja, porque mi intuición es

⁶ Relato aparecido por primera vez en el número 2 de la Gaceta Literaria Humanista Universitaria MePhiisto, bajo el título de *Game Over*.

mucho mayor que su furia. El más próximo a mí se encuentra a unos cincuenta metros al oeste. Creo que desde aquí puedo alcanzarle.

Disparo y no fallo. Rápidamente me agacho tras la roca y escucho, escucho atentamente. Del oeste vienen unos chillidos apabullantes que juzgo procedentes del que acabo de matar. Me asomo apenas y veo que los cuatro que quedaban en la explanada corren hacia el lugar en el que ha caído su compañero, que se retuerce de dolor en el suelo y regurgita algo verduzco por la boca. Al principio esta escena me daba asco y era incapaz de frenar las nauseas, pero uno poco a poco se va acostumbrando a todo.

Veó cómo mis enemigos se acercan estupefactos, buscando frenéticos algún homínido que devorar, conscientes de que tiene que estar por ahí cerca, sabedores de que ha sido uno de ellos el único que ha podido hacer eso. Pero son bestias idiotas. Pienso que si los flanco tal vez pueda alcanzarles con una granada de combak ultraproteica. No sé si funcionará, pero una cosa sí está clara: si me quedo en ese sitio es para esperar a la muerte.

Así que me pongo manos a la obra y con un rápido movimiento, casi una centella, salto hacia un lado a la vez que lanzo la granada hacia el contrario, al lugar exacto en el que están los cuatro glukos observando el cadáver del que acabo de aniquilar. La explosión es brutal. Por suerte, he logrado resguardarme tras lo que antes era una esbelta columnata y casi no he sufrido daños. Sólo unos cuantos cascotes desplazados por la onda expansiva que me han golpeado en el casco y en el pecho. Pero por lo demás, todo ha salido como esperaba.

Pasado un instante me pongo de pie. La humareda que ha producido la deflagración es espectacular y apenas puedo distinguir nada a mi alrededor. Percibo gotas de sangre en la visera, por lo que mojo la mano en un charco del pavimento y me la paso por el cristal. La densa cortina de humo ya se ha desvanecido casi por completo y compruebo que tras ella no queda resto alguno de vida. Tal y como pensaba, los asquerosos invasores se han desintegrado, fruto del combak que contenía la granada. Al fin podía respirar tranquilo. Al fin podía ganar.

De repente siento como si algo me reventase las entrañas. Suelto un alarido de dolor que el eco se encarga de transportar hasta el infinito. Me doy la vuelta y allí está, detrás de mí, en todo su esplendor, gruñendo y expeliendo viscosidades por su vomitiva oquedad facial. Ha aparecido por sorpresa, de la nada. Tal vez por eso me ha cogido desprevenido. Aprecio que estoy sangrando en abundancia por un costado. Quizá esa cosa me haya clavado su asqueroso aguijón mientras valoraba las consecuencias de mis estragos. A traición y por la espalda, como suelen actuar ellos. Mierda. La cosa ahora sí que está negra. Apenas puedo moverme, pero logro ponerme en pie. El vientre me duele una barbaridad. Imagino que pronto me reuniré con mis compañeros en el reino de las almas, que pronto volveremos a conversar sobre putas y alcohol, como solíamos hacer cuando podían respirar, mientras viajábamos a bordo del helicóptero que nos trasportó hasta Ciudad Delta.

Con un brazo tratando de contener la hemorragia me aproximo a aquella horripilante bestia, dispuesto, a toda costa, a consumir mi venganza. Mi enemigo está muy cerca, así que me olvido de la pistola, pues no quiero tirar munición. Es mejor entrar en el cuerpo a cuerpo. Por eso, acerco el único brazo capacitado al cinturón y extraigo el puñal ionizado, sin apartar la vista de aquel repugnante ser. Yo ya no soy yo, sino la ira hecha músculo. El dolor, la impotencia y la frustración me han convertido en un ministro de Satanás.

Corro hacia él blandiendo el cuchillo, dejándome el alma por el camino, pero el condenado bicharraco es escurridizo. Tal vez haya topado con el cabecilla de la tribu, que a diferencia de los demás –por eso es el líder- es inteligente. A pesar de que soy un

experto con el puñal de iones, logra esquivar mis furiosos golpes, saltando de un lado a otro, asestándome cuando me desguarezco endiablados picotazos que terminan por debilitarme aún más. Es una lucha a tumba abierta en la que nadie es superior.

De pronto, siento mis músculos en tensión. Miro a mi poderoso adversario y compruebo cómo su horripilante rostro se retuerce, se retuerce y borbotonea por su protoboca ese líquido que otrora tanta repulsión me causaba. Al rato emana un chillido que hace explotar el aire, tan potente que incluso me obliga a arrugar el rostro, a mí, al hombre impasible ante el miedo y la hecatombe.

Extraigo secamente el puñal de su pecho y la bestia se desploma. Es tan pesada que al caer siento retumbar el pavimento bajo mis pies, haciendo salpicar el agua, barro y sangre acumulados en él. Gotas de lluvia motean la visera transparente de mi casco. Noto su espaciado repiqueteo sobre mí. No era normal que estuviera tanto tiempo sin llover. Arranco un jirón de tela de la indumentaria de la cosa que yace ante mí y limpio el cuchillo de iones del jugo asqueroso que ha adquirido al penetrar su cerúlea piel.

He empleado las pocas fuerzas que me quedaban en este último ataque. Si no hago algo pronto la partida se habrá terminado. La lluvia, la sangre y el sudor que tiñen el casco me impiden ver con claridad. Rezo todo lo que sé para que no aparezca ningún gluko más en mi camino mientras me desplazo, muy lentamente, hasta los supervivientes soportales del sureste. Me protegerán de la lluvia y me permitirán, acaso, morir en paz.

Por fortuna, mis oraciones dan resultado y allí, bajo el techo de hormigón del antiguo casino, ahora devastado por las llamas, en medio de parpadeantes luces multicolores, encuentro mi salvación en forma de botiquín, semioculto bajo el lodo y la herrumbre oxidada. Lo abro como el niño que desempapela el regalo más deseado de su vida y mis ojos se iluminan. Tocaba vivir un poco más.

Mientras me inyecto la salvación por mi vigoroso brazo caigo en la cuenta de que cuando las cosas van llegando a sus últimas fases van siendo más complicadas. Nada más me queda una presa, pero mientras sentía cómo el líquido de la jeringuilla corría por dentro de mis arterias presentía que iba a ser una de las más duras de cazar de toda mi existencia. Sobre todo si tenía en cuenta que una pistola megaprotónica con el cargador medio vacío no era suficiente para acabar con el odioso alienígena que me atendía enfrente de la iglesia. Necesitaba algo más dañino, más grande, más devastador. Algo que me proporcionara una aniquilación rápida y sencilla. Un único disparo. Solamente un poco de sangre y vísceras, y ya está.

Apuro hasta la última gota del líquido vivificante y me pongo en marcha. Decido volver al punto en el que me había quedado: la columnata fatal en la que casi encuentro mi muerte. Cuando llego allí mis ojos perciben en el suelo algo en lo que antes no había reparado. Me agacho y lo cojo. Donde todos habrían visto un rifle semitrónico de francotirador modelo U756/PPM yo estaba viendo un Mesías salvador. Tenía entre mis manos alta tecnología militar, precisión pura que me había llegado del cielo para traerme la redención. Me quito el casco, dejándome invadir por aquella lluvia nutricia. El cazador y la muerte están preparados. Sólo falta la presa.

Me pongo de rodillas y agarro el rifle, acariciándolo, como si fuera una mujer recién besada. Las mórbidas gotas de lluvia machacan mi cabeza, me empapan de vida y esperanza. Lo pongo sobre mi hombro, cierro un ojo y coloco el otro delante de la mirilla. Allí está mi objetivo, paciente, delante de la iglesia. Ahora puedo verlo más de cerca, más nítidamente. No sabe que tiene los minutos contados.

Transmutado en concentración, sitúo la cruz de la mirilla en la cabeza de mi enemigo. Cada cosa que me rodea desaparece. Ya sólo existe para mí esa crucecita roja que me va a conducir al paraíso. La domeño como si de una dócil mascota se tratase. Lleno mi pecho de aire y contengo la respiración, porque la más mínima desviación, el

más leve movimiento, podría suponer el fracaso. Cuando considero que todo está listo aprieto el gatillo y disparo, con la luna llena, asomando tras las nubes, cómo solitario y mudo testigo de aquella anhelada victoria. Suena un trueno a lo lejos. Tampoco fallo.

La cabeza de mi objetivo desaparece en un instante, convertida en cien pedazos sanguinolentos que se desperdigán por doquier. Lo veo a través del círculo de cristal que enfocan con tino mis brazos. Al cuerpo que estaba debajo aún le queda un poco de calor; por eso da dos pasos al frente y cae a plomo, precipitándose toscamente por las escaleras hasta chocar con el pavimento empapado.

Por fin. Había cumplido con las órdenes que se me dieron en el puesto de mando Gamma, pero estoy extenuado. Ahora mismo, la saliva es algo desconocido para mi lengua. Necesito beber, beber y descansar. Y aguja e hilo en el costado, deshecho por la amargura y la laceración. Debo llegar, sea como sea, hasta el punto de reunión de detrás de la iglesia, concertado hacía ya muchas horas con mis mandos, allá abajo, en Ciudad Beta, cuando Dos y Tres aún podían reír. Si lo hago, todo habrá acabado por hoy y me encontraré a salvo.

Echo a correr hacia allí sin reparar en nada, ciego ante la esperanza de salvación. La luna, surgiendo tras las cúspides deshechas, me otorga su luz plateada. Atravieso a saltos los despojos que se interponen en mi camino, con las nubes del cielo y los relámpagos como fugaces cronistas de mi tensa agonía. El agua, mezclada con el sudor, empapa los recovecos de mi cara. Mi negro cabello revuelto chorrea lágrimas de sal.

Cuando llego a la escalinata descubro, tendido en el suelo, el cuerpo decapitado que acababa de crear. Entonces, un destello lo ilumina todo y me permite apreciar por un instante la pose grotesca de aquel cadáver inmundo. Clavo la rodilla en el suelo y paso la yema de los dedos por el asfalto empapado, pero sólo obtengo agua. He de escapar de este chaparrón si no quiero morir de una pulmonía.

Rodeo la iglesia y lo veo, allí arriba, a lo lejos en el triste cielo, a través del espeso telón de agua, en un pequeño claro que se han dignado a dejar las nubes. Es sólo un punto de luz en medio del infinito, una luciérnaga dentro de la cueva más inmensa y oscura del mundo, pero dentro de ella habita mi esperanza. Poco a poco se va acercando a mi posición y va descendiendo a tierra, volviéndose cada vez más grande, hasta que se transforma en un helicóptero cuyo estruendo sincopado se confunde con el de los relámpagos de la tormenta.

“Ciudad Delta despejada, señor. Tenemos paso libre hasta el campamento enemigo del este. Mis compañeros han caído, pero el camino del sur es nuestro”, acierto a gritar entre jadeos mientras subo por la escalera de soga que pende del vehículo, a la que me agarro con las pocas fuerzas que me quedan, como si fuera una madre protectora. *“Bien hecho, muchacho, volvamos a casa. Ya tendremos tiempo de rezar por Dos y Tres. Ahora arriba.”* Reconozco esa voz y también los fornidos brazos que me levantan y me arrojan con violencia al interior metalizado. *“Échate un sueñecito mientras llegamos. Te lo tienes merecido.”* Y así, mientras noto que mi salvación asciende súbitamente, como un ángel de metal que se dirige al empíreo, dejo que la sonrisa se haga huésped de mi cara. Había logrado sobrevivir un día más.

Entonces Felipín apagó la videoconsola. Su mamá le llamaba para merendar.

OCTAVA ESTACIÓN

ANTAÑO

Por los lunares de la fiel cornisa
que adornan los eternos caracoles
te voy buscando hacia aquellos soles
que contemplé una vez en tu sonrisa.

Cuando aterrice en la pupila lisa
y eternamente adore tus faroles,
preguntarás qué fue de esos guiñoles
que antaño carcomían mi camisa.

Comprenderás entonces que agotados
extraviaron mis dos polichinelas
con tus zapatos de álamo encarnados.

Y jamás volverán, pues, despreciados,
desconocen que ávida acuartelas
manantiales de sueño coronados.

MEFISTOFÉLICAMENTE HABLANDO

Homenaje a un siglo de vanguardias

Marinetti se había levantado tarde de la siesta. No solía salir de casa antes de que los almendros tuvieran legañas, pero su cisne de pulsera estaba agonizando, así que decidió calzarse unos cuantos búfalos irisados y ponerse a la cola.

Marinetti no reía nunca. Sólo abría las puertas de sus manzanos ante los cocodrilos enfurecidos. Entonces se daba cuenta de que las hormigas le poblaban los huesos y hacían suya la médula espinal. Esa tarde había quedado con Cintia, y por eso se esforzaba en parecer feliz.

Marinetti solía decir: “*El Tiempo y el Espacio murieron ayer*”. De ahí que al salir a la calle sintiera frío. Las preposiciones y los oráculos drenaron sus mejillas antes de la primavera de Praga. Si crees que te encuentras en el Bronx, estás muy equivocado, amigo.

La madre de Marinetti era azul y blanca. Nunca supo por qué su hijo era tan insolente, pero lo sabía. Detrás de este verbo debería haber un argumento, sin embargo no lo hay: hallo.

A pesar de que él creía que iba a ver a Cintia, a donde realmente se dirigía Marinetti era al otro lado de las líneas enemigas. Nunca habría imaginado que el sabor de las aceitunas pudiera ser tan amarillento.

En el banco de la esquina Marinetti encontró a un salzburgués con peluca. Tocaba el piano con acento español. Se puso a hablar con él en turco, pero no se entendieron, porque ninguno de los dos sabía ***POLACO***. No tuvo más remedio que marcharse de casa.

Cuando miró para abajo, descubrió que no llevaba calcetines. Nunca antes se había sentido tan indefenso. ¿Qué demonios has hecho Marinetti? Ahora tendremos que empezarlo todo otra vez.

Marinetti se había levantado tarde de la siesta. No solía salir de casa antes de que los almendros cruzaran los charcos, pero su alondra de sobremesa estaba saltando, así que decidió vestirse unos cuantos teclados púrpuras y ponerse a la cola.

Saltaremos partes sustanciosas de esta historia para no aburrir al lector. Simplemente diremos que Marinetti besaba a Cintia sin ternura, como un oso hormiguero furioso hormiguero.

Veintitrés. Un dos y un tres. Michael Jordan ya no sueña con los peces.

¿?

Marinetti siempre decía por teléfono: “*¡Nos encontramos sobre el promontorio más elevado de los siglos!*”. No, gracias, no me gusta el café con leche. Sin embargo, los que me conocen saben que esta frase no es ni siquiera mentira.

Tras tomar el té en un bar con legañas, Cintia se marchó hacia ese suroeste de antifaces que habitaba en las pupilas de los guepardos, dejando a Marinetti solo ante la bañera. Las trincheras estaban llenas de cadáveres, porque él realmente estaba en la guerra y no follando con Cintia, como pensaba. Habían matado a todo un pelotón los muy cabrones, a pesar de que disparaban con tizas de espagueti.

El portero siempre lleva el número 1 y viste de amarillo.

Incendiado por violentas lunas eléctricas, Marinetti murió, desolado en la trinchera, mientras eyaculaba patos por sus axilas remasterizadas, como enormes caballos de aceros embridados por tubos.

Pero tengo sueño. Me duelen los dedos de escribir tantas montañas en Melancólicas Madrugas Madrileñas. Ya ni siquiera sé en que idioma leo los extraños

textos del alma máter. De modo que me marchó. No vendré a cenar, así que no me esperéis despierto.

NIF

*Para Romuald Achille,
hechicero del verso africano.*

RESURRECCIÓN RESPLANDECIENTE

Salió a la calle como cada día, vestido con su sombrero y su traje verde, todo resplandeciente, y se puso a caminar. Anduvo durante un corto rato y luego desapareció, nadie sabe como. Al poco tiempo se le volvió a ver al sur de donde había estado antes, pero ahora iba vestido de rojo, y también resplandecía. Ya no caminaba. Tan solo observaba, observaba pasar a la gente por el paso de cebra, como todos los días, sin decir ni una sola palabra. A los dos minutos, falleció. Una vida de 120 segundos.

De nuevo lo pudieron ver al norte con su sombrero y su esmoquin. Andaba, incansable, y de nuevo brillaba como un sol de color verde. Muchos pasaron de él, ignorándolo por completo. Otros le siguieron, en su rutilante caminata luminosa, hasta que volvió a morir de nuevo. Durante esos dos minutos, no habló con ninguno.

Se hizo de noche. El vestido rojo le quedaba como un guante, pero muchos ni se fijaron en él. No dijo nada. Esperaba, más luminoso que nunca, a que pasaran los 120 segundos para volver a morir. La verdad es que no le tenía miedo a la muerte, pues era su rutina de todos los días. Lo había hecho más de mil veces a lo largo de su existencia: morir y resucitar cada dos minutos.

Francamente, la vida de hombrecito del semáforo no es nada divertida.

*Para Piedad,
poetisa de sonrisa alada.*

NOVENA ESTACIÓN

ARROLLADORA

Paréntesis carnal de mis desvelos
que, firme ante mis ojos, me saluda.
Canción bamboleante que, desnuda,
embriaga de rubores los anzuelos.

Montes paralizantes y gemelos
surgentes más allá de toda duda.
Dunas de miel, leyenda sordomuda,
proceloso embriagar de caramelos.

Deja de hipnotizarme con tus notas,
trasero criminal, y dame ahora
el hielo abrasador de tus sabores.

Quiero probar tu carne arrolladora
y que con tus laureles condecoras
el tierno rebotar de mis pelotas.

UNA VERDADERA LLUVIA

“Gracias Señor por la lluvia que ha limpiado de basura las calles”

TAXI DRIVER

(Martin Scorsese, 1976)

- Así que... eres superhéroe...

Eso fue lo que me dijo aquella puta mientras le hacía el beso negro. La verdad es que sí, soy un superhéroe. O al menos trato de serlo. De hecho, hay dos cosas que le dan sentido a mi vida. Una son los cómics de superhéroes. La otra es el sexo.

Por eso todos los martes y los jueves contrato los servicios de alguna prostituta. A la de hoy nunca la había visto antes. Creo que me ha dicho que se llama Zoraida, aunque supongo que su nombre será falso, como el de todas a las que llamo. Normalmente suelen venir o Crystal o Jessica, ambas morenas. Detesto las mujeres rubias.

Zoraida sabía a manzana. Hoy en día inventan todo tipo de artilugios para el divertimento sexual, incluso lubricantes con sabores. Ahora comprendo por qué cuando la llamé me pregunto que cuál era mi fruta preferida.

- Sí, bueno. Trato de serlo - le dije mientras me tomaba un respiro en medio de la degustación.

- Pero... ¿un superhéroe como Superman y Spiderman y todos esos que salen en los tebeos?

Yo no respondí. Me gustaba mucho la manzana.

- ¿Sabes? A mí el que siempre me ha molado ha sido Spiderman; tan jovencito, con su traje ajustado, marcando pectorales... mmmh. Me pone a mil.

Tuve en la lengua el regusto de la fruta durante toda la noche. Se me ocurrió que quizás un sabor contrarrestaría otro, pero me equivocaba, porque ni siquiera el brick entero de zumo de naranja que tenía en la nevera sirvió para anular el sabor amargo de Zoraida.

Cuando se lo conté a Luisito se descojonaba. Mientras amontonábamos los palés de yogures desnatados, sus dientes desiguales, amarillos por los porros, no hacían más que revelarse detrás de sus labios cortados.

- Tío, ¿cómo puedes flipar con esas cosas? –me decía sin parar de reírse, mostrando impúdico sus caóticos dientes picados- ¿No te das cuenta de que toda esa mierda de los superhéroes no es más que un invento de los yanquis para comernos la cabeza? –Y me miraba con ojos de salido- La maría, tío. Eso es lo único que merece la pena en esta puta vida.

Cuando toda tu existencia se reduce a reponer productos lácteos en un hipermercado de barrio la realidad suele tener múltiples interpretaciones. Entendía perfectamente la postura de Luis.

Elena, la chica de los juguetes, pasó por nuestro lado y nos saludó de soslayo. Sus nalgas bamboleantes siempre me habían parecido completamente fornicables. Sentí, como de costumbre, una incipiente erección en mi entrepierna. Algún día tendré que echarle pelotas y pedirle el teléfono.

- ¡Qué! ¿De cháchara, chicos? –dijo mientras pasaba de largo, observándonos por el rabillo del ojo. Llevaba en la mano un coche de carreras verde, de esos que se iluminan y hacen ruiditos de motor, como el que tiene mi primo el pequeño en casa. Expedía juventud y lujuria a partes iguales.

- ¡¡Adiós, bomboncito de fresa!!

Bomboncito de fresa. Luís sería un poco brusco en las formas, pero era un tío legal. Si tuviera que dejar mi vida en manos de alguien, él sería el primero de mi lista. De eso no había ninguna duda.

El Capitán Entrevías salió pronto aquella noche. Normalmente solía cenar algo en casa antes de partir, pero aquella misión era de máxima urgencia, por lo que se quedó sin probar los maravillosos platos combinados para llevar que preparaba Toño en el bar de la esquina. De ahí que su estómago no dejara de quejarse, poniendo en peligro el éxito del operativo.

Agazapado tras los rebosantes cubos de basura, esperó, inmóvil como una marioneta, a que el coche del vecino se pusiera en marcha. Se suponía que él no existía, que era un producto de la ficción, por eso tenía que asegurarse de que nadie lo iba a ver. El continuo ronquido del motor logró camuflar los gruñidos de su intestino.

Casi se le duerme una pierna a causa de la espera. Parecía que ese buen señor era un poco torpe intentado sacar el Peugeot rojo de su sitio, por eso trató de acomodarse detrás de aquellos pestilentes contenedores. Pero al hacerlo impulsó de forma involuntaria una bolsa negra llena de desperdicios cotidianos que reposaba tranquilamente en el pavimento. Una apoteosis de latas multicolores y despojos orgánicos inundó aquel callejón muerto, despertando al gato sucio y gris que dormía dentro de un cubo y que salió despavorido al oír el estruendo. Aquel redoble que sentía en el pecho resultó ser su corazón.

Se arrebujó aún más dentro del cubículo grasiento y asomó ligeramente la cabeza. Donde antes estaba el coche de su vecino ahora había un hueco de aire y asfalto. Se puso en pie y se alisó el traje, consciente de que ahora nada ni nadie podría ocultar el quebranto de sus tripas.

Avanzó unos metros, hacia la arboleda en la que todas las noches los toxicómanos del barrio hacían prácticas de vuelo gracias a las variopintas sustancias que les recorrían las arterias. Algún que otro borracho les hacía compañía en su viaje al Edén. Eran la fauna autóctona de la noche. Hombres-murciélago sin mayordomo en una Gotham luminiscente.

Iba hacia el este, al otro lado de la carretera. Tenía noticias de que por la zona se iba a cometer un acto deleznable y su deber como guardián de la paz era impedirlo. A pesar de la suciedad que abastecía las calles, la ciudad brillaba de rebeldía. Él se sentía a gusto en medio de la inmundicia, había mamado de ella. Fue durante muchos años su compañera de juegos y de caídas, y por eso no le tenía miedo. No mientras hubiese reductos de sabor a orín y cementerio.

Sintió un hambre infinita. Si seguía sin comer su estómago terminaría digiriéndose a sí mismo. Entró en un economato regentado por asiáticos, pagó un sándwich de pollo y lechuga y continuó su periplo por las estrechas aceras del suroeste. Siempre había preferido los callejones a los paseos, porque así nadie podía verle. Se suponía que era una creación exclusiva de los cómics.

Pasó por debajo del puente y llegó a la larga y ascendente avenida, emborrachada de luces y altura. A esas horas, por fortuna, no había mucha gente en el exterior; sólo algunos vagabundos insomnes, ajados por la enfermedad y la miseria, que encontraban en el calor de los portales y en los bancos de las esquinas el refugio de su eterna perdición.

Elegió un callejón pequeño y oscuro que se destacaba a la derecha, en la acera del otro lado, y se apostó enfrente de una pared grasienta. Allí, resguardado de la apoteosis

del tungsteno, un dio un mordisco al pan recién comprado. Solamente los gatos de los tejados le escucharon masticar.

Botas militares y cadenas. Pantalones a cuadros. Las crestas, opacas bajo la luz de las farolas. La carne de la cabeza burlándose del frío. Vieron a lo lejos un personaje peculiar: iba vestido con lo que parecía ser una especie de sudadera con cremallera de color amarillo, pero sus pantalones eran violetas. Una escafandra circundaba su cabeza: un casco rojo de motorista con ribetes luminosos. Comía tranquilamente, apoyado en el muro de la iglesia, saboreando cada bocado sumido en el éxtasis. Su silueta irregular apenas se distinguía bajo la tenue luz de los soles de aluminio.

- Mira qué friki. ¡Eh, friki, gilipollas!

Una voz ajada resquebrajó el silencio. Un grito seco en mitad de la noche. El capitán Entrevías giró la cabeza y vio a los tres punkis a través del cristal, desafiantes, acudiendo hacia él con las expresiones propias de otra dimensión. Apuró el último trozo de la cena y tiró al suelo con furia el envoltorio de plástico que la contenía. Cuando se encontró a unos metros de los tres cuerpos descubrió que uno de ellos, el más esbelto, era femenino. Y también comprobó que el empaque con el que el más adelantado clavaba las pesadas botas de cuero en el sucio asfalto arruinado indicaba que era el líder del grupo.

El capitán Entrevías apretó los puños. Pudo percibir el maullido de los gatos en lo alto, allí, sobre los tejados destartalados. A pesar de que lo que se le aproximaba parecía algo realmente aterrador, no tuvo miedo, porque nunca había temido la escoria. Sabía cuál era el puesto de cada uno, el de él y el de esos seres despreciables que tenía allí delante, desafiantes bajo las farolas moribundas. Eran mierda, sin más ni más. Simple y llanamente basura. Y él la lluvia que había venido a limpiarla.

Extendió los brazos y agarró con fuerza el cuello de la chupa. Luego, soltó el cabezazo brutal. Un ariete de fibra de carbono.

Crock.

El vigoroso cuerpo cayó al suelo, entre los charcos de agua sucia y el orín fosilizado. Le salía sangre por la nariz, hecha añicos por el impacto. Unos alaridos desgarrados rompieron el sueño de las callejuelas. Sangre a raudales y huesos rotos. Una mancha roja en la visera. Nada que un poco de lejía no pudiera quitar.

- ¡Hostia puta! ¡¡DIOS!!

Los otros dos ni siquiera fueron capaces de seguir avanzando. No se atrevieron a continuar. Para ellos, aquel personaje estafalario que habían vislumbrado hacía un rato mientras caminaban dentro de la noche se había convertido, en apenas un instante, en un horripilante monstruo, un inusitado Polifemo surgido de algún antro desconocido y que escapaba a su débil lógica de adictos al jachís. Si había podido partírle la cara al bueno de Chanquete, no querían ni imaginar lo que podría hacerles a ellos. Echaron a correr por donde habían venido, sin volver la vista atrás, dejando a su camarada a merced del terror y la angustia.

En todo ese tiempo no pasó nadie por la calle. La hora avanzada y el insoportable frío que había traído diciembre eran los culpables de que la gente permaneciera en los recintos cubiertos de la ciudad. Por eso, Chanquete estaba solo ante ese enigmático personaje.

- ¡Te voy a reventar, payaso, ya lo verás! ¡Te voy a partir las piernas!

El capitán lo levantó con violencia, antes incluso de que pudiera coger la navaja que yacía a su lado. Pretendía demostrar que era él quien mandaba aquella noche. Pudo ver su creación en primer plano, y se sintió orgulloso de ella. Pero quería más, se sentía insatisfecho, algo en su interior le decía que no estaba completa del todo, un impulso irrefrenable que se había apoderado de él. Inspiró con fuerza. El amargo olor del orín le

penetró hasta las entrañas. A pesar de que las densas nubes en lo alto amenazaban lluvias, la verdadera lluvia ahora estaba en la tierra.

Los puños impactaron una y otra vez en la cara de aquel indeseable, como una catarsis infinita. Su anterior novia siempre le decía que tenía manos de pianista. Oyó crujidos de huesos, pero no sabía si procedían de él o de su oponente. Ahora sí que se sentía pleno, inacabable, infinito. Estaba convencido: él era el instrumento del que se valía Dios para hacer su voluntad en la tierra.

La sinfonía que surgió en los tejados se encargó de disimular los lamentos de aquel pobre infeliz, a merced de un grotesco gigante tricolor. Insultos e imprecaciones ininteligibles salieron de su boca destrozada. Eran su única arma para combatir contra ese titán que lo masacraba.

Cuando se cansó de él, lo volvió a dejar en el suelo. Los gatos continuaban maullando allí arriba, ávidos de sangre y violencia. Levantó la cabeza y vio dos ojos amarillos, luminosos bajo el cielo del sureste. Le pedían venganza y redención. Pero estaba agotado, jadeaba, quería irse a casa. Había cumplido su misión un día más.

A la mañana siguiente no podía ni siquiera tirar de la mercancía; tanto me dolían las manos. Cada vez que cerraba los nudillos era como si la piel se me tensara, y me producía una sensación insoportable.

- Ahora ya no podrás cascártela, macho.

Miré a Luis con ojos sardónicos. Sostenía con fuerza un palé vacío, soportándolo en vilo por delante de él, que dejó caer sobre una torre de palés también vacíos. Los que no hayáis trabajado nunca en un economato tenéis que saber que en un almacén la vida se divide en palés llenos y palés vacíos, así de simple. Así que se podría decir que, en ese momento, Luisito y yo llevábamos dos vidas alternativas.

- No me jodas, macho, que me duele. Estoy por pedirme la baja.

- Ponte unos guantes, como hago yo. O vete al médico que te mande una pomada, verás qué pronto se te quita la tontería.

Enfiló el pasillo que conduce hasta el exterior. Un poco antes de llegar a la salida la puerta automática que separa la tienda de la reserva se abrió despacio, como una pestaña colosal y pesada. La pestaña de un cíclope. Antes de que saliera del todo pude escuchar sus últimas palabras de consejo:

- ¡O trínchate unos porritos, verás qué debuti!

Como es de suponer, a mis compañeros del curro no les conté la causa real de mis heridas. En lugar de eso, fui diciendo que mi dolor de manos era debido a un accidente que tuve mientras jugaba con mis primos pequeños. La versión oficial era que me habían pisado los nudillos sin querer, aunque la verdad fuera otra bien distinta.

Mientras reponía natillas y flanes de huevo me sorprendió por la espalda la señora Ernesta. Doña Ernesta poseía ese misterioso halo de perpetua ingenuidad que destilan las personas mayores.

- Buenos días, hijo... ¿me podrías decir dónde tenéis los estropajos?

- Al final de este pasillo, al lado de los detergentes.

- Gracias, hermoso.

Lo bueno de trabajar en un supermercado de barrio es el trato con la gente, la cercanía. Llegas a conocer todas sus emociones, todas sus alegrías y sus miserias. Muchos de nosotros seríamos capaces de averiguar qué es lo que les ocurre a nuestros clientes con simplemente mirarlos. Mejor que los médicos. A la señora Ernesta le tenía que ocurrir algo grave, porque ni su rostro ni sus andares eran los de los demás días. La vi venir por detrás, con su barra de pan bajo el brazo y su bamboleo cotidiano, y me decidí:

- Tiene usted mala cara, señora Ernesta. ¿Le ocurre algo?

- ¡Uy, si yo te contara, hijo mío!

Me dijo que habían tenido que ingresar a su marido en el hospital y también que su hijo se había quedado sin trabajo. Sentí una lástima inexpresable. Son estas las cosas que te hacen darte cuenta de la realidad cotidiana, lo que te empuja a salir a la calle cada noche a poner un poco de cordura en este mundo absurdo.

- ¡Menos hablar y más currar, Jaime! ¡Que tienes la tienda vacía!

Aquella voz me sacó del ensimismamiento, haciendo que volviera a dolerme las heridas. Nada más girarme, fijé la mirada en el trasero de Elena, como de costumbre. Pero ella, consciente de cuáles eran sus encantos, giró la cabeza y me dirigió un gesto de desaprobación. Tratando de disimular, moví rápidamente los ojos hacia la derecha y enfilé hacia el lineal de los yogures. ¡Dios, esta chica me volvía cada día más loco! Aunque mi atracción hacia ella era puramente carnal, todo hay que decirlo. Lo único que yo quería de Elena era comprobar su grado de flexibilidad, nada más. A ver si era verdad lo que se escuchaba por las calles del barrio.

Esa noche pensé en Elena, a pesar de que la que me la estaba chupando se hacía llamar Sheila. Mientras la puta hacía su trabajo yo no paraba de recordar los poderosos ojos de la encargada de los juguetes. De pronto, se me escapó una palabra: *Elena...*

La mujer se detuvo un rato, mirándome de forma extraña durante unos segundos, para proseguir después con el mismo ímpetu que cuando llegó.

Alejandro me abrió la puerta en albornoz, a pesar de que eran casi las dos de la tarde. Tenía barba de tres días y estaba totalmente despeinado. Ni siquiera me saludó; se giró y entró en una habitación que había a la izquierda, la cuarta puerta del pasillo.

- Hola.

No respondió. Estaba sentado en la mesa de su despacho, la mirada fija en el monitor de un ordenador, tecleando frenéticamente. Escribía algo. Seguramente fuera uno de esos poemas cursis que solía colgar en foros de Internet y que a veces recitaba en turgorios o en cenas con amigos. Decía que era su forma particular de ligar.

- Vengo a traerte los cómics que me prestaste.

- ¿Qué? ¿Te han gustao?

- No mucho. Me esperaba otra cosa, francamente.

Dejó de escribir de improviso, como si algo le hubiese golpeado, y me echó una mirada repleta de dioptrías asesinas.

- Tronco, eres un marica con lombrices. Francamente, no sé ni por qué te hago caso. O sea... te dejo tres cómics que son tres putas obras maestras y me dices que casi no te han molao... –Abandonó la redacción y se puso en pie, dirigiéndose hacia mí con aire torpe –Es para darte de hostias de aquí a Moscú, macho.

Cogió los voluminosos libros y los llevó hasta su habitación, dejándolos encima de una cama surcada por un caos de sábanas y mantas. Luego fue al baño y se encerró con el pestillo, a hacer Dios sabe qué. Mientras tanto, yo aproveché para echar un vistazo a la pantalla plana del ordenador, logrando leer las palabras que relucían sobre el recuadro blanco del procesador de textos:

*Surge la luna.
Tus párpados de arena
muertos en sal.*

La verdad es que mi amigo era todo un artista, o al menos eso decían los infelices que se veían obligados a padecer sus excéntricas creaciones y que, se suponía, conocían algo sobre el tema. Y ya se sabe que cuando los expertos hablan el resto del mundo no tiene más remedio que callar. Sin embargo a mí toda su poesía me parecía una bazofia hortera y cursi, quizás porque la única literatura que personalmente me llenaba era la que contenía muertes masificadas y destrucción a gran escala. Para mí, el armagedón era la única verdad existente, el alfa y el omega de toda esta podrida existencia.

Escuché una cascada al fondo del pasillo y luego un pequeño ruido metálico. Al poco vi aparecer un amplio albornoz marrón desplazándose torpemente entre la oscuridad del corredor, y dentro de él al poeta diletante. Se quedó parado en el umbral de la puerta, sin penetrar en la estancia, y apoyó medio cuerpo en el marco de la puerta. Tenía los brazos cruzados y el pelo hecho unos zorros, sin hablar de la grasienta barba que recorría sus mejillas sin ton ni son. Parecía que fuera el último superviviente de una hecatombe.

- ¿Quieres beber algo? ¿Una cerveza o algo?

- Agua nada más, gracias.

Hubo una pausa.

- Mira, tío, Alan Moore es un puto dios. Si no te gusta, francamente, es para preocuparse.

- No es eso... Ten en cuenta que yo leo cómics porque no me gusta leer, ¿vale? Por eso prefiero obras con mucha imagen y poco texto, que se lean con facilidad, apenas una o dos palabras en cada viñeta, porque si no me aburro y las dejo abandonadas. Y las que tú me has dejado están llenas de letras, por eso no me han gustado, nada más. No tiene nada que ver con... la calidad será buena y eso, no lo juzgo, si lo dicen los expertos pues será buena, pero a mí no me han gustado porque tienen mucho de leer.

- Es que los cómics son literatura amigo...

Me bebí el vaso de un tirón. Tenía la boca sequísima.

- Además, son muy largos. Naaaaa... No me han gustado, lo siento.

Salimos de la cocina y volvimos al despacho. Mi acompañante se sentó de nuevo en la silla ergonómica, frente al ordenador, y se quedó un rato absorto, con la mirada perdida, como poseído por una fuerza superior, como si buscara algo inexpresable más allá del techo y las estanterías. Yo me senté en la otra silla que quedaba libre en la habitación y cerré los ojos, apoyándome en el respaldo. De repente me vino a la cabeza la noche anterior, los maullidos en los tejados, el entrechocar de los nudillos. "Tienes manos de pianista, cariño". Abrí los ojos de golpe, como si acabara de despertar de una horrible pesadilla.

- ¿Qué coño estás escribiendo, tío, que estás que no paras?

- Haikus, tío. Poesía japonesa. Es que ahora me ha dado por ahí. Por cierto... hablando de japos... ¿Por qué no pruebas con el manga? –dijo, sin apartar la vista del monitor- ¿Has leído algo? Quizás te guste. Suelen tener poco texto.

- Colega... ¿me estás vacilando? El verdadero cómic es el americano, no esa mierda oriental hecha al revés. Stan Lee, tío. Bob Kane. Esos sí que saben escribir historietas.

Alejandro dejó de teclear, se echó hacia atrás en el respaldo y estiró todo su cuerpo en una grotesca mueca esperpéntica, todo tenso como un cable de acero. Su imagen de friki de segunda era un constante insulto a la decencia. Se pasó las manos enormes por su rasurado pelo opaco, lleno de suciedad. El tío ni siquiera se había duchado. Mientras lo hacía, pude ver que el flujo de letras dentro del rectángulo blanco había aumentado. Eché un vistazo rápido:

*Abrazo triste.
Somos dos cielos rotos
hartos de estrellas*

Acto seguido, le lancé la pregunta sin vergüenza. Entre colegas había confianza:

- ¿Tienes algo de porno?

Me respondió con irritación, como si acabara de sacarle de un estado de catalepsia del que ya no volvería a entrar sin esfuerzo.

- ¿Qué te piensas, tron? ¿Que soy el puto videoclú? –se empujó las gafas hacia los ojos marrones con el dedo índice de la mano derecha– Algo tengo, pero poco. Mira por ahí a ver si lo ves.

- ¿Dónde?

- Mira a ver en la habitación.

Intuí un suspiro de alivio a mi espalda cuando abandoné el despacho. El dormitorio de mi amigo era un auténtico santuario de cultura urbana. Revistas, libros, películas, artilugios de todo tipo inundaban las estanterías forradas de madera. Figuritas de la Guerra de las Galaxias y pósteres en las paredes de gotelé azul. El frikismo reinaba por doquier.

Abrí un armario lleno de juegos de mesa y discos compactos multicolores, apilados en cilindros transparentes de plástico. Fui revisándolos uno por uno. Allí había de todo: desde series de televisión de los ochenta hasta documentales absurdos sobre literatura experimental o cineastas neorrealistas. Incluso encontré partidos históricos de campeonatos del mundo de fútbol que iban desde 1930 hasta 2006. Francamente, mi colega estaba muy enfermo.

De repente lo vi. Un CD gris con una inscripción en letras mayúsculas, hecha con rotulador permanente negro: ¡OJO VIRUS! Estaba debajo de los mejores momentos de los Monty Python. Eso era justamente lo que buscaba: cuatro gigas de auténtico porno del bueno. Nadie en su sano juicio tendría en su casa un compacto con archivos infectados metido en una tarrina perdida en un cajón. Aunque, en honor a la verdad, Alejandro nunca se había caracterizado por estar en su sano juicio. De todas maneras, para confirmar la hipótesis decidí insertar el disco en el reproductor. Me senté en la cama y pulsé el botón del play. Al poco rato una sonrisa se dibujó en mis labios. 625 heraldos anunciaban mi victoria.

Volví al habitáculo donde se forjaban las obras maestras. El ruido frío del teclado era la banda sonora de aquellas cuatro paredes. Miré a mi amigo: ensimismado, ni se enteró de mi presencia en la sala. Machacaba las teclas con los índices de ambas manos y de vez en cuando se paraba y agarraba el ratón. De refilón, pude observar su creación más reciente, detrás de la que había descubierto hacía apenas unos instantes:

*Mil besos lúgubres.
Recorreré tus muslos:
reino de sombras.*

- Oye... que me llevo esto. Lo copio y te lo traigo mañana.

No hubo respuesta. Estaba demasiado ocupado con esa mierda

Salí del despacho y enfilé el pasillo. Antes de atravesar la gruesa puerta blindada esperé un rato en el umbral y agudicé el oído. El martilleo de plástico continuaba a unos metros de mí, invadiendo los seis costados de la casa. Me imaginé a mi desaliñado compañero de fatigas expulsando humo por los dedos.

- Adiós ¿eh?

El pasillo hizo eco de mi grito, amplificándolo febrilmente. Un gruñido seco surgió desde otro lado, sin duda procedente de la boca de mi interlocutor, por encima del entrecochar de los huesos y las letras. Quise entender en él una despedida.

Luego cerré la puerta y huí de allí. Mientras bajaba las escaleras a toda prisa miré mi preciado tesoro. OJO VIRUS. Ya tenía el sustento para toda una semana.

El Capitán Entrevías observaba la ciudad desde lo alto. Le encantaba hacerlo, apostado en la azotea, resistiendo el inmisericorde frío de aquella prematura primavera. Veía a Vallecas desplegada ante él, con sus edificios de tejados bajos lanzando alaridos silentes hacia el cielo nocturno y sus calles oscuras y de aromas desusados que tantas veces había recorrido, que tan profundamente amaba, reclamando, despojadas, su presencia. Sintió de repente unas ganas enormes de copular con ellas. Más allá, el constante quejido de la autopista.

Los personajes de los tebeos que solía leer se hubieran lanzado desde allí sin miedo hasta la acera de la calle, cayendo impertérritos sobre el asfalto mellado. Pero él, no se sabe por qué misteriosa razón, carecía de superpoderes. Por eso decidió bajar por las escaleras, como todo hijo de vecino, como si fuera a reponer yogures cualquier mañana de cualquier día. Trató de no meter ruido y despertar a alguien, pero no consiguió impedir que ojos indiscretos apareciesen tras las mirillas. Le daba igual. Sus vecinos ya sabían de su afición por el cosplay.

Salió a la calle, y las luces que hacía un rato divisó desde lo alto ahora le acogieron en su seno. Eran sus madres y hermanas, sus amantes ansiosas de lujuria. Echó a andar sin rumbo fijo, dejándose llevar por las tinieblas. Se topó con mendigos en bancos de madera, olientes a orín y a podredumbre. Se topó con prostitutas. Pasó de largo, repartiendo miradas de reproche y vergüenza. Odiaba a esos seres. Lo único que hacían era ensuciar aún más el barrio, su amado barrio, su amada prisión. Si por él fuera, los quemaría a todos a la vez en un horno gigantesco, sin sentir remordimiento alguno. Pero el poder del Capitán Entrevías no daba para tanto.

Pasó junto al Parque del Soto, tan distinto en la tiniebla. No tuvo miedo, porque sabía que nadie le podía hacer nada. Al fin y al cabo, aquel era su territorio y él el padrino al que rendir tributo.

Oyó voces a lo lejos, voces de cadencias extrañas. Risas irreverentes. Entre las sombras, tres bultos oscuros. Se acercó a ellos. Las pieles, morenas como los cabellos, brillantes ante la luna de primavera.

- ¡Hey man! Mira que pinche gonorrea viene por allá.

- ¡La reputa!

- ¡Eh, guey! Ven y toma con nosotros. La noche es buena para una borrachera.

Un brazo estirado hacia él, sosteniendo aquel cristal marrón con forma de botella. Dentro, medio litro de un líquido espumoso, indistinguible en medio de lo oscuro. Se quitó el casco y lo dejó en el suelo. Luego, acercó el vidrio a los labios y dejó que aquel fluido le rellenara. Aunque caliente, aún mantenía su sabor amargo. Hace unas horas, debió de ser una cerveza exquisita. Ahora parecía simplemente el meado de algún idiota.

- Ajajajaja. ¿Es bueno, man? Llevamos aquí desde la tarde. Bebes sin sesar y luego caes redondo al piso. Ajajajaja.

Repitió el mismo procedimiento de antes y el licor cobrizo le supo a gloria pura. Le pareció excelente, pues ahora, por fin, todo armonizaba: la amargura dorada que se introdujo por el gznate hacía juego con aquella otra que habitaba en lo profundo de su alma. Dejó la botella en el suelo y observó a las figuras que tenía delante. Risas y más risas. Dientes amarillentos, como la cerveza que acababa de ingerir. Un taxi que pasaba por la calle. Luego, un autobús. El golpetazo en el suelo fue estrafalario.

- ¡Vaya pinche mamaverga! ¡Cayó de culo el melón! No pudo más con el trago y tocó el piso. Ajajajaja.

Trató de levantarse y a fe que lo consiguió, aunque a duras penas. Una vez erguido, se dio la vuelta y trató de caminar, tambaleándose. Risas a sus espaldas. Sirenas en la lejanía. La cabeza le daba vueltas. Seguramente lo que había bebido contendría disuelta alguna sustancia inoportuna y eso le había afectado seriamente a sus facultades cognitivas. Cocaína. Ácido lisérgico tal vez. El caso es que apenas podía mantenerse en pie. Logró dar cinco pasos antes de volver a dar de bruces contra el suelo.

Al cabo de una hora de travesía psicotrópica, encontró una fuente mugrienta en la que intentó probar suerte. Giró el grifo y, milagrosamente, surgió un chorro de agua congelada que utilizó como antídoto para el flipe que llevaba encima. Aunque no le estabilizó del todo, por lo menos le valió para evitar seguir imaginando que se encontraba en Urano bailando el chotis con una nutria. Y ya menos confuso, continuó su camino hacia el sur, mientras se daba cuenta de que no llevaba puesto el casco.

Constantemente, en la soledad de su habitación, se preguntaba por qué hacía lo que hacía. De dónde venía ese afán por travestirse y salir a la calle a maltratar gente. Quizás fuera porque aquello era mucho más divertido que reponer flanes de huevo en el supermercado del barrio. O quizás tan sólo estuviera enfermo. A él no le había picado ninguna araña radiactiva, ni se había vuelto verde por una explosión atómica. Ni siquiera era multimillonario. No, él no se parecía en absoluto a los personajes junto a los que tantas noches en vela había pasado. Una mañana, mientras colocaba unas natillas en el lineal, se le ocurrió que lo hacía, simplemente, porque era necesario.

Iba de camino al lugar del incidente cuando la vio. Pero no parecía esa muchacha morena que cada mañana, con manos encallecidas, tiraba de polvorientas cajas de cartón y olor a PVC. Su belleza comprometía la suciedad de la noche. Ni siquiera sus posaderas eran las que su memoria recordaba. Parecían haber crecido en succulencia y atracción. El Capitán Entrevías sintió moverse algo en su entrepierna de nylon. Al fin y al cabo, no era más que un ser humano disfrazado de fantasía.

Se agachó para recoger el casco y notó que pesaba más de lo normal. Un denso líquido oscuro y de fuerte olor amargo rellenaba por completo la cavidad. A alguien le había parecido una excelente idea descargar la vejiga en aquel orinal improvisado.

Iba con un chico. El objeto de sus fantasías lúbricas acompañado por un varón que no era él. Conoció por vez primera lo que era la decepción, el sabor de los celos. ¿Celos? Al fin y al cabo, no era suya. Nunca había sido suya. Entonces pensó que si no podía ser de Jaime Aragonés, quizás lo fuera de Capitán Entrevías. Tal vez fuera esa la razón de todo.

Vio a la pareja pararse en un portal. Un rato de conversación. Miradas atrevidas coqueteando con risas cómplices. Después, dos labios fusionándose entre tinieblas anaranjadas.

“No es tuya, no es tuya, no es tuya, no es tuya...”

“El fracaso tiene el sabor amargo de una cerveza”

Cuando se separaron, la luna le pareció más lejana que de costumbre. Vio a la joven entrar en el portal y al hombre enfilarse la avenida, hacia la parada de autobús. Le siguió cautamente, sin apenas hacerse percibir, durante un tramo. Quería conocer el rostro del que desde ahora era su archienemigo. Al impactar de lleno sobre aquel cuerpo la densa luz del wolframio, fue como si sus entrañas lanzaran un grito de derrota. La primera derrota del Capitán Entrevías.

- ¡Coño, Jaime! ¿Cómo tú por aquí?

Le observó con los ojos repletos de asombro. Era una figura completamente diversa a la que le había recibido en su casa aquella mañana: no se veía ni un solo pelo

alrededor de su cara mofletuda, se había peinado el revoltijo de la cabeza y por los cuatro costados expelía un extraño aroma a melocotón y romero. Nadie en su sano juicio hubiera afirmado que ambos individuos eran la misma persona.

- ¿Qué has estao, en una fiesta de disfraces? ¿Pero vas o vienes pal barrio?

No respondió. Aún no podía creerse lo que el destino le estaba forzando a presenciar.

- ¿Qué es eso de ahí, macho? ¿Pis? ¿Es pis? ¿Te has meao ahí dentro? ¡Amos, no me jodas!

Volcó el casco, y su inusitado contenido chocó contra en el pavimento. Un reguero de colores indescriptibles fue poco a poco invadiendo la sucia acera. Agitó con fuerza su mano derecha para eliminar hasta la última gota que pudiera quedar y se lo caló en la cabeza. Volvía a ser aquel espectro que atemorizaba la noche.

- ¿Qué haces, tío, vestido así, oliendo a mierda, por la calle?

- Lo he visto todo, Alex. Os he visto a los dos... A Elena y a ti. Hace un rato, allí atrás- su voz, amortiguada por el carbono, sonaba como procedente de una dimensión, a la vez extraña y lejana, perdida entre los albores de la realidad- Y ahora tengo que pelear contigo porque te has convertido en mi archienemigo. Así que vete preparando para el combate.

Él le miró, haciendo entrever entre sus ojos una certeza antigua, como si supiera desde hace mucho tiempo que aquello iba a tener lugar. Se rió.

- ¡Eres un ingenuo, amigo mío! ¿Acaso piensas que Elena es tuya? ¿Acaso crees que porque nos hayamos morreado en un portal ya estemos juntos? ¡Abre los ojos, Jaime! ¡Elena no es tuya, nunca será tuya! Ni tampoco mía... Elena no es de nadie, pero a la vez es de todos. La golfilla de barrio... ¡Se ha pasado por la piedra a todo Cristo! ¿Cómo podías ser tan pringao, tío?

Un autobús se detuvo tras ellos y escupió un par de medias negras debajo de una minifalda anestésica. Los tacones, soñando en medio de la noche.

Alejandro se acercó las manos al primer botón de la camisa, el más cercano al cuello, y empezó a desabrocharse, poco a poco, hacia abajo. Al llegar a la mitad exclamó, sin apartar la mirada de su oponente:

- Además... ¿Acaso pensabas que eras el único superhéroe de Vallecas?

Se quitó la camisa por completo, con un ademán fingidamente chulesco, y la tiró hacia atrás, dejando a la vista la parte superior de un traje de lo más ridículo: sobre un fondo de tela blanca y reluciente aparecían, destacando en un abrasante color rojo, una P y una I de inusitada factura. Luego se sentó para descalzarse y poderse quitar los pantalones. Entonces pudo vérselo la parte inferior del vestido: unas mallas igualmente blancas y relucientes, con dos amplias bandas amarillas surcando lateralmente y de arriba abajo cada una de las dos piernas.

Sin embargo, dentro del casco rojo no nació ninguna cara de asombro. Por alguna extraña razón que no alcanzaba a explicar, Entrevías se lo imaginaba desde hacía cierto tiempo. Su interior le decía que Alejandro siempre había ocultado algo bajo aquella típica fachada decadente y cotidiana. Si él lo hacía... entonces, ¿por qué no lo iba a realizar también su camarada? Al fin y al cabo, ambos eran igual de extravagantes: dos seres grotescos dentro de un mundo estancado.

- ¿Pe-i? ¿Qué significa eso? ¿Doctor Pi? ¿Super Pi? ¿Capitán Pi?

- El Profesor Periferia Izquierda, amigo mío. El último ser vivo al que verás antes de abandonar esta puta vida.

Y entonces comenzó la lucha.

Puñetazos. Patadas. Cabezazos sin sentido. Contenedores tendidos en mitad de la acera. Papeleras huérfanas de sus anclajes. Un suelo poblado por granitos verdes que

hace unos instantes, en perfecta hermandad, conformaban lunas de automóvil. Alarmas vociferando hacia los cielos. Sudor y jadeos profundos. Dolor en los músculos. Dos estrambotes de nylon engullidos por la noche.

Llegaron a una azotea, Dios sabe como, y allí continuó el combate. La luna, como un foco niquelado de leyendas, iluminaba aquella bizarra escena a la que las luces de tungsteno de la acera eran incapaces de acceder. Ninguno de los tres reparó en las caras que asomaban por los balcones.

Hubo una pausa en la intensa refriega. El Profesor, tumbado en el suelo, se pasó una mano por la nuca. Notó la suave textura de la sangre entre sus dedos.

- Tío... Si me estás dando de hostias sólo por haberme liado con Elena, entonces tendrás que hacer lo mismo con todo el puto barrio. – Se incorporó, quedándose sentado sobre el pavimento.

El Capitán se puso en cuclillas, observando entre jadeos a su nuevo archienemigo. Su voz a través del casco sonó pavorosa e inclemente:

- Voy a matarte, tío, lo sabes. ¡Joder, voy a matarte...!

- Eso será si yo quiero, claro. - exclamó el Profesor, siempre sentado, con una calma escalofriante.

Detrás del metacrilato, el rostro del Capitán sufrió una mutación macabra.

- ¿Cómo que si tú quieres? ¿De qué cojones estás hablando?

Una sonrisa efervescente asomó por entre la los labios cortados del Profesor. Una sonrisa que revelaba algo así como triunfo.

Se oyó una sirena allá abajo. Luego, un resplandor intermitente tiñó de azul toda la estrecha callejuela. Rostros en los dinteles. Murmullos indiscretos vestidos con pijama. Abajo, una voz amplificadora ascendió por las paredes, llegándoles nítida y clara hasta los oídos.

- ¡Atención! ¡Os habla la policía! ¡¡Bajad ahora mismo si no queréis que subamos!!

Él, ajeno a todo, prosiguió su diálogo:

- Veo que aún no te has enterado, amigo mío. - y esputó hacia abajo, fuertemente, un denso gargajo de sangre.

- ¿Enterarme de qué?

- De que todo esto no es más que ficción. De que todo es literatura.

Quedó estupefacto. Sabía que su amigo era un poco raro, pero todo aquello ya rayaba la locura.

- ¿Cómo que es literatura...? Mira tío, tú estás mal de la cabeza. Tanto tiempo encerrado en casa escribiendo paridas sin sentido te ha trastornado. Esto es el mundo real, ¿no lo ves? ¿No ves allí abajo mi casa? Y ese es el coche de Luís, ¿es que no lo ves? ¿No ves todo esto? ¡Es nuestro barrio, tío! ¡Nuestra vida! ¿Y Elena...? No me irás a decir que el culazo de Elena también es literatura, ¿no?

- Sí, exacto. Todo, mi buen Capitán, absolutamente todo lo que nos rodea es literatura. Fruto de la imaginación. Hasta tú y yo lo somos, aunque te cueste creerlo.

No podía asimilarlo. Pensaba que era una memez más de las muchas que solía decir su congénere. Pero había tal seriedad en su rostro, tal certeza, que comenzó a tener miedo. El simple hecho de saber que él no era quien siempre había creído que era, que realmente no existía más allá de un mero folio encuadernado le aterrorizaba.

El Profesor se puso en pie con cuidado, como un bebé que deja de gatear y se yergue por primera vez en su vida. Luego, exclamó:

- Créeme, Jaime. Todo lo que nos rodea: los coches, los árboles, las calles con sus aromas, las farolas, los edificios de techos bajos... Todo... existe únicamente en el capítulo nueve de un libro de relatos. Sí. Incluso el sabor de Elena y el de todas esas

mujeres con las que te acuestas los martes y los jueves. Somos literatura, amigo mío, y no podemos evitarlo. Aunque pongamos todas nuestras fuerzas en ello.

Hubo un rato de silencio. Los ojos que les rodeaban se sorprendieron a sí mismos ansiosos de un morbo inexplicable. Mientras las fachadas parpadeaban ebrias de aquel esotérico azul que había surgido de pronto, la luna, dentro de su camisón de lana, se lavaba los dientes, pues frenéticamente se le acercaba la hora de meterse en la cama.

- Se te va la olla, tío...

Aunque le desagradaba, quiso seguir con aquel juego, sólo por mera curiosidad, para ver cómo acababa. Antaño, su fiel escudero en las lides barriales solía tener ideas ingeniosas, y merecía la pena escucharlas sólo por la agudeza que destilaban. Quería ver si seguía ocurriendo igual, si aún en aquella situación tensa su mente permanecía fresca. Además, había algo en su voz que le llamaba la atención. Era como si no hablara por él, como si fuera otro el que le moviera los labios.

- Por eso no puedes matarme, por mucho que lo desees. Eso sólo pasará si el autor quiere que pase.

- ¿Y quién es el autor, si puede saberse?

- Yo, por supuesto. Y yo no quiero matarme. Así que creo que estás perdido. Una vez más, el Profesor Periferia Izquierda ha vuelto a triunfar sobre el mal.

El profesor se levantó. El Capitán pudo ver su capa negra ondeando al viento de abril, en aquella inolvidable noche. Se dirigió hacia la parte más cercana del murete bajo que circundaba el ático, abriéndose paso entre las tensadas cuerdas de los tendales. Miró hacia el cielo. La luna, hinchada como un globo, era perfecta para invocar a Belcebú. Hasta podía verse, si se agudizaba la vista, el Mar de la Tranquilidad. Aquel extraño parpadeo azul continuaba coloreando el abismo que se abría bajo sus pies.

- Además, es inútil que me mates, porque volveré a vivir en la página uno cada vez que alguien lea este cuento. Así que yo gano, amigo mío. Porque tú no eres más que un producto de mi imaginación, y no puedes hacer nada.

El Capitán Entrevías notó erizarse el pelo de los brazos cuando vio al Profesor Periferia Izquierda pasar una pierna por encima de la pared y ponerse a caballo sobre ella. Sintió que, aunque ese individuo que tenía delante era su archirrival y que, por lo tanto, su cometido como guardián de la justicia era acabar con él, estaba siendo incapaz de dejar atrás los viejos tiempos. Le vinieron a la cabeza las peleas que vivían en el patio del colegio, allá en los tiempos de su inocencia, y percibió que la que acababan de protagonizar no era más que otra de las muchas en las que se enzarzaban cuando eran niños, solo que fuera de su tiempo, como si se hubiera perdido dentro de las autopistas de la existencia y hubiera llegado, despistada, ahora, quince años después. Por eso quería acabarla igual que solían acabar aquellas: sentados en un portal, uno al lado del otro, comiéndose los bocadillos de turno que les habían preparado sus respectivas mamás, mientras se ponían de acuerdo para inventarse una excusa coherente que justificara los moratones y arañazos con los que se iban a presentar en casa. Por eso, tras quitarse el casco con ambas manos, dijo con una voz clara y firme:

- ¡Eh, tío! Ten cuidado que te vas a caer. Y si te caes... ¿con quién voy a luchar yo mañana, eh?

El megáfono de allí abajo volvió a soltar su atronador vómito robotizado:

- ¡Vamos, chico, baja de ahí! ¡NO HAGAS QUE SUBAMOS! ¡Venga, baja!

El Profesor prosiguió, pues entendió que la advertencia no iba con él:

- Pero, espera... Espera un momento... ¡Sí! ¡Claro! ¿No te das cuenta? ¡Cada vez que alguien lea este cuento recobramos la vida! ¡Volveremos a ser nosotros otra vez! ¡De nuevo nos pegaremos por la noche sobre las azoteas del barrio por culpa de una mujer! ¡Tú volverás a reponer yogures por la mañana y yo a mi cubículo pestilente, a

escribir como un poseso! ¡Luís regresará a su maría y Elena a sus juguetes! ¡Oh, Jaime! ¿Me entiendes lo que te quiero decir? Sin darte cuenta, has abierto la puerta hacia la inmortalidad.

El Capitán ya no sonreía. Ahora miraba a aquel estrafalario personaje con rostro de preocupación. Le notó un vidrio especial en los ojos, quizá preludio de lágrimas ardientes. Temía que fuera a cometer algo horroroso.

- Estás muy cerca de la cornisa, tío. Venga, vámonos a casa, anda, que mañana toca madrugar y estoy hecho mierda. Si eso ya volvemos otro día y continuamos. Lo volvemos a coger desde donde lo dejamos, ¿va?

No le oía. Seguía ensimismado en su disertación, como poseído por una fuerza ajena pero al mismo tiempo suya.

-¡Somos inmortales, Jaime! ¡Sí! ¡Tú y yo! ¡Inmortales! Por mucho que nos peguemos, por mucho que nos odiamos, por muchas veces que yo desee que muramos, al final volveremos a nacer, enteros y sanos, otra vez, como estábamos al principio. Perduraremos.

Cada vez eran más los ojos indiscretos, las batas revoltosas, los pijamas multicolor. Abajo, el megáfono seguía agigantando aquella voz trepadora. Una batidora de luz azul pintando, macabramente, las pétreas arterias del barrio, iluminadas desde arriba por una luna que se carcajeaba.

- Y como perduraremos, -continuó- podemos morir ahora; podemos morir cuando me apetezca. Al igual que todo lo demás, que sólo existe si a mí me apetece. Y a mí, ahora mismo, lo que me apetece es aniquilarte.

Se escuchó pasar el último autobús de la noche, allí abajo, a lo lejos, entre una multitud de sombras.

- ¿Sabes? Siempre me gustó volar. ¿A ti no? Pero no en avión, eso lo hace cualquiera. Me refiero a volar de verdad, como Supermán, como las águilas. Por eso es por lo que me hice escritor, para poder volar alto. -Se subió al pequeño murete de piedra y extendió los brazos perpendiculares a su cuerpo, como si fuera la letra T con piel y músculos- No creas que te odio, ¿eh? Después de todo eres mi criatura. Esto sólo lo hago por diversión, nada más, para ver qué siente uno al morir ficticiamente. Y también porque quiero matarte, claro. Ten en cuenta que hay algo de mí en ti, lo mismo que en todas mis creaciones. Matándome ahora te mataría a ti y os mataría a todos, pero no te preocupes, porque luego volveréis a nacer. Sé que es complicado, pero bueno, ya lo entenderás.

Y, apenas cerró los labios, se precipitó hacia el abismo.

Quizás esta haya sido la peor semana de toda mi vida. No me creeréis si os digo que he dormido prácticamente diez horas en los últimos siete días, pero es cierto. Tanto que ayer me quedé sopa en el almacén mientras esperaba la mercancía. Menos mal que el bueno de Luisito me despertó justo a tiempo para que mi jefe no me viera, sino ahora mismo estaría en la puta calle. Encima, para rematar la faena, esta noche ha sucedido lo que nunca, en mis veinticuatro años de vida, me había ocurrido: no se me levantó. Así que no sólo quedé fatal delante de Jessica, si no que además tuve que pagarle las carreras del taxi. Lamentable. Así que aquí me tenéis: sin polvo y, si no llega a ser por Luis, también sin curro.

La verdad es que el suicidio de Alejandro me ha afectado mucho, más de lo que yo hubiera imaginado. En cierta medida, tenía razón: con su muerte me mató a mí también un poco, porque ya nada ha vuelto a ser como antes. Él fue la verdadera lluvia que vino a limpiar la escoria, y no yo. Quizás en cierta manera él y yo también fuéramos parte de esa escoria.

El caso es que son muchas las tribulaciones que me atormentan. Para empezar, todos se piensan que fui yo el que empujó a Alejandro desde la azotea, aunque todas las pruebas demuestran lo contrario: él se lanzó desde ahí arriba, fue un suicidio en toda regla. Lo ha dicho la policía, lo ha dicho el forense... El tema está zanjado. Sin embargo, la gente ya sabéis como es: se aburre, habla, cuenta cosas, chismorrea... Al fin y al cabo yo fui la última persona en verlo con vida, entonces es comprensible que todos los dedos me señalen a mí. Aunque no es agradable, claro, vivir siempre con esa presión encima. Quizás sea bueno marcharme muy muy lejos, a un sitio en el que nadie me reconozca, y pueda tener un poco de paz. A China o a Japón. A algún pueblecito perdido del sur de los Estados Unidos. No sé. Algo así.

Luego, he considerado dejar para siempre de hacer el superhéroe. Creo que vestirme de justiciero y salir por ahí a hacer el cafre ha sido la peor idea que se me ha pasado jamás por la cabeza. Si no llega a ser por ella, todo esto no habría sucedido y ahora mi amigo estaría vivo y en su casa, sentado frente al ordenador como solía, con su albornoz marrón y escribiendo esas poesías cutres que tanto le gustaban. La verdad es que tres días dentro de un calabozo grasiento te dan mucho tiempo para pensar, y yo he pensado en esto: el Capitán Entrevías ha dejado de existir, es necesario que deje de existir. ¡Que le den mucho por el culo a este jodido mundo y a toda la basura que habita en él! ¡Que sean otros los que limpien las calles! A mí que me dejen en paz, no quiero volver a pasar otro mal trago. Más que nada por mis pobres padres, que están viviendo un calvario viendo como todo el vecindario tilda a su hijo de asesino. ¡Qué razón tenías, buen compañero! El Capitán Entrevías ya no es más que un recuerdo del pasado.

Porque esto es lo que realmente más me duele: que todo ha sido en cierta manera por mi culpa, que esto no habría pasado si no hubiera sido por mis celos de mierda, si no fuera un adicto al sexo como soy. Así que se acabó. Se acabó para siempre. Todo. El puterío, el porno, las pajas... Todo. Lo de anoche ha sido una advertencia que me ha querido dar el cuerpo: *“Jaimito, hasta aquí hemos llegado. Ya no doy más de sí”* Y cuando el cuerpo te habla, oye, pues hay que hacerle caso.

De lo único de lo que no me puedo quejar es de cómo han quedado las cosas con respecto a Elena. Antes yo para ella era uno más del economato, un cualquiera. El reponedor del pasillo de productos lácteos, nada más. No me prestaba más atención que la que podía prestarle a cualquier otro. Y ahora, en cambio, me he convertido en alguien importante para ella, pues soy el que mató al hombre que amaba. Porque Elena es, por encima del resto, quien más segura está de que fui yo quien lo hizo. De modo que no todo es pesimismo en mi vida en estos días. Por lo menos puedo consolarme pensando que esta chica ya siente algo por mí, aunque no sea sino un odio visceral. Además, soy consciente de que nunca me perdonará, de modo que ese sentimiento hacia mí será eterno, lo cual me hace muy feliz. Porque según he podido escuchar, y aunque parezca increíble, ella realmente lo amaba. Aunque eso mi amigo nunca lo supo. Se marchó sin saber que esa chica había dejado de ser la golfilla del barrio para pasar a convertirse en algo más decente junto a él. Así que la inesperada muerte del Profesor Periferia Izquierda ha servido para traer al barrio cosas buenas y cosas malas, como todo en esta vida.

Llegados a este punto, no se me ocurre qué más contaros, por lo que he de dar por terminada en este párrafo la historia de mis aventuras. Yo me marcho hasta la próxima vez que nos veamos que será, si mi amigo Alejandro estaba en lo cierto, en la primera página de este libro de cuentos, justo después del prólogo. Y más le vale que tuviera razón y volvamos a vernos de nuevo, porque tiene unos cómics míos que le presté hace ya tiempo y que, francamente, me gustaría recuperar.

DÉCIMA ESTACIÓN

LECHO

Sin sueño, sin dolor, sin noche ardiente,
sin mar y sin estrellas, me despierto
y vuelvo a ser el descarnado muerto
nacido de una tumba transparente.

Tan solo yo, cadáver maloliente,
podré admirar las nieves del desierto.
Y antes que acuda el huracán incierto
me sumiré en su lecho decadente.

Jamás tendré, jamás, manos de escarcha,
ni el jazmín o el sabor de los juglares.
Jamás seré, jamás yo, jamás hombre.

Desayunando amargos los pesares
saldré a vivir. Mañana ya se marcha
y ni siquiera encuentro quién me asombre.

TRES MICRORRELATOS ESCALÉRICOS

I

Esa
Esa peluca
Esa peluca que
Esa peluca que llevas
Esa peluca que llevas colgada
Esa peluca que llevas colgada no
Esa peluca que llevas colgada no te
Esa peluca que llevas colgada no te queda
Esa peluca que llevas colgada no te queda nada
Esa peluca que llevas colgada no te queda nada para
Esa peluca que llevas colgada no te queda nada para septiembre
Esa peluca que llevas colgada no te queda nada para septiembre, Harpo.

II

La
La venganza
La venganza de
La venganza de mi
La venganza de mi espada
La venganza de mi espada llegará
La venganza de mi espada llegará antes
La venganza de mi espada llegará antes de
La venganza de mi espada llegará antes de que
La venganza de mi espada llegará antes de que me
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este
La venganza de mi espada llegará antes de que me haya acabado este melocotón

III

Llega
Llega ya
Llega ya y
Llega ya y se
Llega ya y se va
Llega ya y se va la
Llega ya y se va la manada
Llega ya y se va la manada triste
Llega ya y se va la manada triste de
Llega ya y se va la manada de triste de elefantes
Llega ya y se va la manada triste de elefantes sonrientes.

EPÍLOGO

CONFESIONES DEL MAQUINISTA

Muchos os preguntaráis: ¿a qué escribir hoy en día un libro de relatos? En una época donde la novela es la soberana absoluta (tanto en lo comercial, como en lo editorial, como en lo prestigioso) de los fértiles y vastos terrenos de la narrativa, ¿a qué entonces escribir un libro formado por pequeñas historias que encima destilan un cierto tono absurdo? Es más: ¿a qué intercalarlas con poemas de factura netamente clásica? ¿No es esto una triple paradoja? He aquí las respuestas que puedo dar a estas pertinentes inquietudes.

La primera es fácil, y puramente personal: no busco el prestigio. De hecho, nunca lo he buscado. Puedo jurar que no hay nada más alejado de mi propósito final a la hora de ponerme a escribir una obra.

La segunda es una razón histórica: somos los rutilantes esclavos de la prisa. Protagonizamos una época en la que lo que prima es la concisión, la urgencia, el ahora. Buscamos imperiosamente los vehículos más veloces, los aparatos que carguen sus programas en menos tiempo, la fila que se mueva más rápido... En definitiva, los medios que nos permitan cumplir lo antes posible con nuestro objetivo. En una sociedad en la que, día tras día, el dios Cronos ejerce la función de tótem pavoroso, resulta lógico que lo fugaz, lo sucinto, lo presto, sea un tesoro máspreciado que lo prolijo.

De ahí que considere la narrativa breve el género más acorde con nuestra contemporaneidad: un elemento literario que se desarrolla en apenas unos minutos (en ocasiones en unos segundos) y que proporciona esa sensación de premura que tan ansiosamente buscamos en nuestro día a día. Con los cuentos, además, tenemos la fortuna de presenciar el hecho en su totalidad, evitando de ese “fragmentarismo” tan clásico que caracteriza la novela.

Sin embargo, y he aquí la gran paradoja del humano posmoderno, lo único que hoy en día nos da miedo no prolongar es nuestra propia, y eternamente inexplicable, existencia. Quizás tras esto se esconda esa atávica quimera con la que lleva soñando el hombre desde que le dio por pintar bueyes en las piedras: realizar el mayor número de cosas en la mayor cantidad tiempo posible. Y efectivamente, son numerosas y de muy diversa índole las hazañas que podemos llegar a realizar y padecer a lo largo de nuestra vida. Nace así la segunda, pero sin embargo principal, característica de esta Posmodernidad que nos ha tocado representar: la ambigüedad, el relativismo, el contraste. En suma, lo gris.

Es por ello que, a la hora de planificarla, he optado por que esta obra tuviera un tono claramente ambiguo. Una ambigüedad que se manifiesta ya incluso desde el título (¿Hay acaso algo más ambiguo que una lágrima?) y que tiene su continuación en la propia estructura: mezcla de poesía y prosa, aparición de varias personas narrativas dentro en un mismo relato, incursiones en la prosa poética, adición y occidentalización de lo oriental, uso de formas clásicas junto a otras claramente más modernas y rupturistas...

Una vez aclaradas estas cuestiones, es mi intención mencionar a ciertas personas que han contribuido muy eficazmente a que este libro viese la luz.

En primer lugar, a mis padres y mi hermano, a quienes dedico esta obra. Sin su alegría y su apoyo nunca hubiera sido posible el nacimiento de “El llanto de Ozymandias”.

En segundo lugar, a la gaceta Mephisto y a todos sus colaboradores. En especial a Borja y a Piedad. Gracias por vuestro esfuerzo y por vuestra vitalidad, sin los cuales no

aparecería todos los semestres un nuevo número ni podríamos contar con recitales en los que dar a conocer nuestras obras. Sin esta iniciativa nunca me habría podido poner a escribir y “El llanto de Ozymandias” no sería más que una idea difusa en mi cabeza.

En tercer lugar a Ediciones Antígona y a su responsable literario Ignacio Pajón. Gracias por confiar en mí en todo momento, por alentarme a seguir escribiendo incluso cuando ya no me quedaban fuerzas, por brindarme la oportunidad de que mis textos viesen la luz, por tu sabiduría y tu optimismo y tu confianza. En suma, por ser el único que tuvo las narices de tenderme una mano solidaria y solitaria hacia el mundo de la edición literaria.

Y por último, a todas esas personas anónimas que han pasado por mi vida y que me han marcado para bien o para mal, proporcionándome en unas ocasiones ciertos estados de ánimo que me han espoleado a escribir y en otras material argumental o personajístico de los que ha surgido un relato o un poema.

A todos ellos, mil gracias.

Now, let us go back to home...